

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

JUERGA EN MONTECARIÑO

*Lou
Carrigan*





**SERVICIO
SECRETO**



LOU CARRIGAN

JUERGA EN MONTECARIÑO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1617
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal B 20.594 - 1981

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1981

© Lois Carrigan - 1981
texto

©
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camp y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

La azafata soltó una carcajada y exclamó:

—¡Es usted muy simpático, señor Maxallence!

El señor Maxallence, Grant para los amigos, personas de confianza y compañeras de cama, frunció el ceño, y dijo:

—Mal asunto.

—¿Qué? —se desconcertó la linda rubia—. ¿Es mal asunto ser simpático?

—Malísimo —aseguró Grant.

—¡Está usted bromeando de nuevo!

—Que no, mujer. Lo malísimo de ser simpático es que a la larga, y a veces a la corta, uno acaba siendo un golfo. Me explicaré. Si por ejemplo yo fuese antipático, usted no me habría hecho ni caso, ¿verdad?

—¡Claro que no es verdad! Mi obligación como azafata es atender amablemente a todos los pasajeros que...

—Tcht, tcht, tcht —interrumpió Grant, chascando la lengua—. Yo estoy hablando de cosas diferentes. Ciertamente, usted es muy amable, y si yo no fuese simpático habría hecho lo posible por complacerme, de todos modos. Pero ahí habría terminado todo. En cambio, como soy simpático, me apuesto el bigote a que está usted dispuesta a quedar citada conmigo en cuanto aterricemos. ¿A que sí?

—Bueno... No habíamos hablado de eso pero ya que lo menciona usted... —murmuró la chica.

Y al mismo tiempo, disimuladamente, tendió un papelito doblado a Grant Maxallence. Éste lo desdobló, y leyó su con tenido; dirección y número de teléfono de la azafata en Santo Domingo. Perfecto. Se guardó el papelito, sonriendo.

—¿Se da cuenta? —Guiñó un ojo—. Como soy simpático, ya he

conseguido citarme con una preciosa azafata, o sea usted. De modo que a la menor oportunidad, ¡zas!, la voy a llamar por teléfono, y me apuesto el bigote a que...

—¡Usted no lleva bigote! —rió la muchacha.

—Bueno, pero pienso dejármelo. Un mostacho de los que yo llamo cosquilleros...

—Cosqui... ¿qué?

—Cosquilleros. Sí, mujer, de esos que hacen cosquillas. Son de lo más *sexy*, además de lujuriosos. Pero, como decía, pues en cuanto me instale la voy a llamar por teléfono, nos vamos a citar, y vamos a ir de juerga por ahí. Lo pasaremos muy bien: bailaremos, cenaremos, tomaremos unas copas, volveremos a bailar... Total que cuando vayamos a darnos cuenta ya estaremos en su apartamento, metiditos en la cama y haciendo cosas bonitas. Por la mañana, cuando me despierte en su cama y la vea a usted desnudita junto a mí, me diré: Grant, eres un tío golfo.

—¿Y eso por qué?

Grant Maxallence sacó de un bolsillo interior una libretita de notas, pasó unas cuantas hojas, miró la anotación en la última, y dijo:

—Salvo error u omisión es usted la chica número dos mil quinientos setenta y dos que me voy a llevar a la cama desde que empecé a llevar la cuenta. Y ahora, dígame: ¿qué se puede decir de un tipo como yo sino que es un gran golfo? Y ahí no acaba todo. Resulta que, como efectivamente, soy simpático, pues todo el mundo quiere estar conmigo, y así conozco a cada personaje que da espanto, desde violadores de ranas a traficantes de peines para calvos. ¡Gente del hampa, créame! ¡Y me meten en cada lío...! O sea, que entre unos y otros me están convirtiendo en un golfo. Tanto, que a veces he pensado en el suicidio...

—¡Cielos! ¡No debe pensar en eso, no debe hacerlo!

—¿Hacerlo? ¿Quién? ¿Yo? ¿Suicidarme? ¿Yo?

—¡Usted acaba de decir que ha llegado a pensar en el suicidio!

—Claro, cariño, pero no en el mío, sino en el de las malas personas que me están convirtiendo en un golfo. Si esas personas se suicidaran, pues... ¡yo no sería un golfo!

—¿Quiere eso decir que yo debo suicidarme?

—Eso sería un desperdicio. Mejor nos vemos en Santo Domingo.

La muchacha se echó a reír una vez más. De pronto, respingó.

—¡Oh! ¡Pero si debemos estar ya a punto de aterrizar...!

—¡Corra a decirle al capitán que no se olvide de sacar las ruedas del avión! ¡Corra! Y de paso, dele recuerdos de Grant Maxallence, dígame que el vuelo ha sido muy agradable, que felicito a toda la tripulación, y que les convido a un *whisky* en mi viaje de regreso a Estados Unidos. O mejor, a champán francés.

—¡Usted sí que es amable, Grant! ¡Champán francés, nada menos!

La muchacha se alejó pasillo adelante, y Grant, tras mirar una vez más sus espléndidas piernas, frunció el ceño, y pensó:

—Sí, sí, amable... Lo que pasa, rubia cachonda y sensual, es que lo más seguro será que no regrese a Estados Unidos. Me quedaré ahí abajo, en esa isla... y a los únicos que convidaré, y no a champán, será a los gusanos, que se darán el gran banquete con mis carnes tersas y apetitosas. Y si vuelvo, entonces sí, entonces creeré en los milagros. ¡Maldita sea la

C. I. A.!

Doce minutos más tarde el *jet* tomaba tierra en una de las pistas del aeropuerto de Cabo Caucedo, a veinticuatro kilómetros de Santo Domingo, República Dominicana, y el señor Maxallence, cargado con sus cámaras fotográficas y con su maletín de viaje se dispuso a desembarcar. ¡Adiós al hermoso cielo azul, adiós a las nubes, adiós a los vuelos en avión, a la vida, a todo...!

El último pensamiento de Grant Maxallence antes de salir del avión, y todavía referido a los caballeros de la

C. I. A.,

fue:

«La madre que los parió».

Y desembarcó, guiñándole un ojo a la rubia azafata que le miraba con aire de complicidad.

«Sí, hija, sí, ¡qué más quisiera yo que estar aquí en viaje de placer! —pensó Grant—. De todos modos, quizá tenga tiempo de hacerte una visita».

Las primeras dificultades comenzaron para el señor Grant Maxallence en la revisión de equipajes. Hasta que abrieron su única maleta, todo había ido bien: él era un simpático turista, sabía tratar a la gente, hablaba estupendamente el español, invitaba a cigarrillos

americanos y a chicle... Pero...

Pero el empleado aduanal no tuvo la menor dificultad en encontrar entre las ropas del señor Maxallence los varios ejemplares de la revista norteamericana llamada «Beautiful Girls», lo que traducido significa más o menos «Chicas Bonitas». ¡Y vaya si eran bonitas! Las portadas indicaban bien claramente lo que se podía encontrar en las páginas interiores. En todas ellas había una preciosa muchacha completamente desnuda, sonriente, maquillada a lo tremendamente sexy, en gesto asaz provocativo, prometedor. Por supuesto, chicas bonitas, de grandes, hermosos, fantásticos y lujuriantes pechos y no menos sensacionales muslos. Una de ellas aparecía afeitada. Las otras, no. Las otras tenían todos sus rizos en el sitio justo.

El empleado ojeó un par de revistas, miró a Grant, y dijo, un tanto secamente:

—Esto es material pornográfico.

—No señor —masculló Grant, en su impecable español—: esto es material artístico.

—¿Artístico?

—¿Ha visto usted algo más artístico que el cuerpo de una hermosa mujer?

El hombre quedó pasmado un instante. Luego, sacó todas las revistas y las colocó a un lado.

—Tenemos aquí cosas más artísticas que ésta, señor, de modo que prescindiremos de su aportación.

—¿Quiere decir que se las queda?

—Así es, señor.

—Pero hombre, son mi material de muestra... ¡No puede hacerme esto! Escuche, yo soy fotógrafo, y trabajo para la «Beautiful Girls». Precisamente, he venido aquí a tomar fotografías para la revista, pero si no tengo una muestra las chicas no se lo van a creer, pensarán que soy un vivo que se ha buscado este cuento para fotografiarlas desnudas... ¿Comprende?

—Será mejor para usted que no siga hablando, señor.

—¿Está prohibida la exportación de material artístico de su país?

—Debería tomarse las cosas más en serio —dijo el hombre—. Puede pasar.

—Pero se queda usted mis chicas, ¿eh?

—Ya es mucho que pase usted, créame.

Refunfuñando, Grant Maxallence cargó con su maleta, su maletín, las cámaras fotográficas, y salió al vestíbulo del aeropuerto, lleno de colorido. Afuera se velan palmeras, un cielo refugientemente azul, un sol diabólico. Bueno, al menos eso había salido ganando. Era mejor morir bajo el sol tropical que bajo la nieve, allá en Boston. Aunque, puestos a buscar sol, lo mismo habría dado quedarse en Miami. Sí, podía haber aprovechado la escala allá para esfumarse, y que a Santo Domingo fuese la madre que los parió... Pero, ¡quién!, estaba seguro de que la

C. I. A.

no le había quitado el ojo de encima durante todo el viaje. Y por supuesto, ya sabían que había llegado. Incluso era posible que alguno de sus malditos agentes le estuviese mirando en aquel momento.

Mosqueado, miró alrededor. Lo que más había eran negros. Tipos simpáticos y sonrientes, que iban de un lado a otro como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Y a lo mejor era así, qué demonios. En cambio, los turistas parecían todos apresurados, nerviosos, excitados. Por supuesto que había el inevitable grupo de turistas americanos, pero que se fuesen al cuerno. Incluso la chica de los lentes que le estaba mirando con cara de embobada. Es que no se puede ser guapo, ¡caray!

Lo que más irritado tenía a Grant Maxallence era lo de la corbata.

«Yo para mí —se dijo— que me están tomando el pelo».

Pero puso la maleta sobre una butaca, la abrió, y buscó la maldita corbata verde. Verde. Pero un verde, verde. Claro que la culpa era de él. Si en lugar de llevar puesto un elegante traje color crema, con camisa de tono tostado y unos impecables zapatos haciendo juego, se hubiera vestido como un turista loco, ahora podría ponerse tranquilamente la corbata verde sin llamar la atención. Pero con un conjunto tan elegante, la corbata verde iba a ser lo mismo que ponerle en la cabeza una boñiga de vaca a «Mis Elegancia».

Sin embargo, se puso la corbata. La chica de los lentes se quedó patitiesa. Grant le guiñó un ojo, y entonces, la chica sonrió, pero

todavía turulata.

«Y no te falta razón, hija mía».

Grant cerró la maleta, se armó de valor, y se dirigió hacia una de las salidas, siempre cargado con sus bártulos. Parecía un vendedor ambulante de cámaras fotográficas. Al salir, le pareció que el sol le daba una bofetada, violenta, abrasadora. «Ya empezamos», se dijo.

La muchacha apareció ante él como brotada del mismísimo suelo.

—¿Le ayudo, señor? ¿Quiere un taxi? ¿Hotel?

A Grant Maxallence casi se le cayeron al suelo las cámaras fotográficas, el maletín, la maleta, y la corbata verde. ¿Quería chicas guapas para fotografiar? ¡Pues allá tenía la primera! Era alta, esbelta, graciosa, guapa a rabiar, con unos ojos negros y enormes, una boca roja y llena... Llevaba calzado deportivo, pantalones blancos, una blusa azul y un quepis también azul sobre sus esplendorosos rizos. Era para morir.

—¿Qué? —dijo tontamente Grant.

—¿Desea que le lleve en mi taxi, señor? Puedo recomendarle un magnífico hotel... El mejor.

—Ah.

—Aunque no sé si le admitirán a usted, con esa corbata.

—¿Qué pasa con mi corbata? ¿No le gusta?

—Es horrorosa. Si hubiese pensado que le iba a sentar tan mal habría pedido que fuese de otro color. Ha llegado usted en el vuelo 209 de la American Airlines, ¿verdad?

Grant Maxallenceladeó la cabeza y entornó los párpados. De modo que era eso...

—¿Así que es usted la culpable de esta corbata? —murmuró.

—Me temo que sí. Espero que me perdone. ¿Ha tenido buen viaje?

—Cojonudo —sonrió de pronto Grant—: me he ligado a una azafata, como siempre.

—Eso parece demostrar que no es usted de los que pierden el tiempo. Aunque me temo que a partir de ahora va a necesitarlo todo para atender el trabajo que le trae aquí.

—¿Quiere decir que no podré acostarme con esa chica?

—Depende de lo activo que sea usted. Bueno, tengo el taxi ahí

—señaló—. ¿Le parece que nos pongamos en camino?

—¿Hacia dónde?

—No se preocupe. Estará bien donde voy a llevarle.

La muchacha taxista se acercó al coche, abrió el maletero, y ayudó a Grant colocar dentro sus cosas. Luego pasó a sentarse ante el volante, y Grant ocupó el asiento de atrás.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella, poniendo en marcha el motor.

—Grant Maxallence. ¿Y el suyo?

—Marijuana.

—¿Mariqué?

—Marijuana Loperena. Hasta que llegue el momento de hacer su trabajo yo seré su único contacto, señor Maxallence.

—Pues no me disgusta nada. Me gusta hacer contacto con chicas como usted.

—No se desboque —rió Marijuana Loperena—. Queda bien entendido que el contacto será exclusivamente oral.

—Es usted una viciosa.

Marijuana enrojeció, lanzó una mirada asesina a Grant por medio del retrovisor, y arrancó. Grant sonrió irónicamente. Quizá se había excedido un poco, pero aquella jovencita le estaba pareciendo un tanto altiva. Y a él le encantaban las escaramuzas con muchachas altivas.

Así que sacó su libretita, y escribió cuidadosamente. Por el espejo retrovisor. Marijuana le estaba mirando. Y no pudo contener su curiosidad.

—¿Qué está escribiendo?

—El nombre de la azafata... A ver dónde demonios he guardado yo el papelito con su dirección y teléfono... Ah, aquí está. Es mi chica dos mil quinientos setenta y dos, ¿sabe?

—¿En qué sentido?

—Vaya una pregunta. Bueno, ésta ya está. Veamos ahora... Mari-jua-na Lo-pe-re-na... Vale. ¿Cuál es su dirección y teléfono?

—¿El mío?

—Claro.

—Váyase al infierno.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene de malo ser la chica dos mil quinientos setenta y tres? ¡Es un número bonito!

—Espero que no sea usted tan tonto como parece, señor Maxallence. Matar no es ninguna broma. Y si quiere que le diga la verdad no me parece usted capaz de hacerlo.

—Hágame enfadar y verá.

—Ya. Quiero suponer que ha matado usted antes de ahora, y que no vacilará en el momento de tener que hacerlo aquí... esté o no esté enfadado.

—¿Quiere decir que tendré que hacerlo a sangre fría?

—Yo pedí un asesino. ¿Lo es usted o no?

—Sí.

—De acuerdo, entonces. Y si no lo parece, mejor. Sí, supongo que han elegido bien al hombre. Un americano yanqui para liquidar a otro americano yanqui. Es una buena jugada, ¿no le parece?

—No sé. Podré opinar cuando usted tenga a bien informarme cumplidamente del asunto. Hasta el momento, voy a ciegas, todo lo que sé es que tendré que matar a alguien que se me indicará en el momento oportuno, y que ese alguien norteamericano. ¿Correcto?

—Sí. Dentro de unos minutos saldremos de la carretera, y pararemos en un sitio donde podré explicarle cómo están las cosas. ¿Ha almorzado usted durante el vuelo?

—Claro.

—Estupendo. Así no tendremos prisa.

—¡Qué bien! ¿Puedo saber quién es usted? Quiero decir qué es usted.

—Lo mismo que usted.

—¿De veras?

—De veras. Usted es un agente del servicio secreto norteamericano, y yo soy agente del servicio secreto dominicano.

«¡La madre que los parió!», pensó Grant Maxallence.

CAPÍTULO II

Finalmente, Marijuana detuvo el taxi fuera del camino, a la sombra de unos árboles. Apagó el motor, se volvió hacia Grant, y pidió:

—¿Tiene un cigarrillo?

Grant encendió dos y le pasó uno, mirando atentamente a la muchacha. Era preciosa. Divina. Y parecía muy inteligente y segura de sí misma. Lo que se llama toda una hembra.

—¿Leyó usted la nota que yo envié a uno de sus compañeros residentes en Santo Domingo? —preguntó de pronto Marijuana.

—Ah, eso sí... Pero me pareció muy dramática. ¿Realmente fue usted quien se la envió a mí compañero de la C. I. A.?

—Tengo aquí la copia, para convencerlo. Puede usted echarle un vistazo, y cuando esté satisfecho la quemaremos. ¿De acuerdo?

—Okay.

Marijuana metió dos dedos en el escote de la blusa, y buscó entre los senos.

—¿La ayudó? —se ofreció Grant, incorporándose en el asiento.

—¿Lo cree necesario?

—Sólo agradable.

Ella se quedó mirándolo fijamente, en silencio. Luego, muy despacio, retiró los dedos del escote, alzó una ceja, y sonrió. Grant Maxallence se inclinó más hacia delante. Marijuana estaba de perfil con respecto a él, medio vuelta hacia el asiento de atrás, y por el escote se veía buena parte de su seno izquierdo, y el gracioso ribete de un sujetador muy liviano, también azul, semitransparente. Grant desabotonó más la blusa, la abrió delicadamente, sin que sus dedos rozasen la morena y tersa piel ni por un instante.

Prácticamente, vio por completo los pechos de Marijuana Loperena, que seguía mirándole con suma atención. Los senos de la muchacha eran preciosos; el pezón, grande y oscuro, se marcaba y se vislumbraba perfectamente. Pero lo que más destacaba en la piel morena, entre los senos, era el blanco papelito varias veces doblado. Grant Maxallence lo tomó con las puntas de las uñas de los dedos índice y corazón, y lo retiró.

Se dejó caer en el asiento.

—¿Eso es todo? —susurró Marijuana.

—Buen par de enemigos —dijo Grant—. Pero las he visto mejores.

—¿Estás seguro?

—En lo que he podido apreciar hasta ahora, sí.

Desdobló el papelito, y leyó, escrito a máquina, lo que ya se le había dado a leer antes del maldito chantaje que le había colocado en aquella situación. ¡Maldita

C. I. A.!

¿Acaso no tenían gente para aquellas cosas? ¿Por qué involucrarlo a él?

El mensaje decía:

Señor Stanford; sé que es usted agente de la C. I. A... y que está operando en Santo Domingo hace tiempo. Nada que oponer. Pero voy a permitirme rogarle que haga llegar esta nota a su Directorio de Langley a la mayor brevedad.

Un ciudadano norteamericano está planeando aquí determinada acción que podría comprometer muy seriamente a los Estados Unidos en un asunto repugnan te y criminal. Con el fin de evitar enfrentamientos y malentendidos entre nosotros, la

C I A,

debe enviar a Santo Domingo un hombre desconocido aquí, muy bien preparado para afrontar cualquier contingencia, y por supuesto, capaz de matar. Solamente él deberá intervenir en el asunto, del cual será informado a su llegada a Santo Domingo. Ese hombre deberá llegar a Cabo Caucedo en el vuelo 209 de la American Airlines el próximo día cinco de diciembre, y para ser identificado llevará una corbata de color verde. Sólo eso. Nos permitimos insistir, en que, de no aceptar ustedes este acuerdo, nosotros solucionaremos el problema a nuestro modo, bien

entendido que ni la

C. I. A.

ni los Estados Unidos podrán entonces efectuar reclamación o protesta alguna.

Esperamos a su hombre.

Grant Maxallence alzó la mirada, al parecer dispuesto a hacer un comentario, pero su boca quedó abierta y muda. Marijuana se había quitado la blusa y el sujetador, estaba ahora completamente vuelta hacia él, y mostraba toda la esplendidez de sus pechos.

—¿Seguro, seguro, seguro? —preguntó, con voz tenue.

—Ya no tanto —sonrió Grant—. A la vista, están perfectos. Pero falta conocer la... consistencia del material.

—Cerciórese —adelantó ella el busto.

Grant sacó su encendedor, prendió fuego a la copia de la nota enviada a la

C. I. A.

y estuvo sosteniendo el papel mientras se quemaba, pero mirando los pechos de Marijuana Loperena. Cuando la llama llegó a sus dedos soltó el papel, se aseguró de que se consumía completamente en el piso del coche, dio una chupada al cigarrillo, y echó el humo hacia uno de los enhiestos, grandes y oscuros pezones.

—¿Quién es el norteamericano al que tengo que matar? —preguntó.

Marijuana frunció el ceño. Luego, se puso el sujetador y la blusa, y sólo entonces contestó:

—No lo sabemos... todavía. Lo sabremos el día de la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La que dará el general Dionisio Valverde en honor de su hija en su finca de Montecariño. ¿Conoce usted al general Valverde?

—No.

—¿No? —se sorprendió la muchacha—. ¿Qué clase de espía es usted? ¡Vamos, hombre!

—Ese general... ¿es dominicano, del país?

—Naturalmente.

—¿Y qué tiene que ver él con ese norteamericano que tiene unos planes tan repugnantes y criminales?

—Ésa es una buena pregunta. Y puedo contestarla diciéndole que el general Valverde es... un intermediario. Se lo voy a explicar

a usted desde el principio. Nuestro general Valverde recibió hace unos días en su finca a dos hombres de importancia: los generales Carmelo Duarte y Héctor Fernández, el primero de Perú, el segundo de Colombia. Así pues, se reunieron los tres generales, uno de cada país, en la finca de Valverde. Se encerraron en el despacho privado de éste, y comenzaron a charlar. Tema de la conversación: tanto el general Duarte como el general Fernández han recibido una oferta... financiera de determinado caballero norteamericano para que organicen una revuelta armada en sus respectivos países, y se hagan con el poder, cada uno en su país.

—De donde se desprende que el norteamericano espera obtener grandes beneficios cuando los generales Fernández y Duarte manden en Colombia y Perú.

—Eso es evidente. Pueden ser beneficios exclusivamente personales o pueden ser beneficios destinados a alguna multinacional norteamericana para la cual trabaja ese norteamericano. Como sea, está claro que desean que los generales Fernández y Duarte ocupen el poder en Colombia y Perú.

—¿Y esos dos generales están dispuestos a aceptar?

—Están al menos dispuestos a escuchar la oferta concreta el norteamericano.

—¿Y el general Valverde?

—Ya le digo que sólo sirve de intermediario. El contacto entre los generales Duarte y Fernández y el norteamericano se llevará a cabo precisamente en la fiesta de Montecariño. A esa fiesta acudirá muchísima gente, y todo lo que tendrá que hacer el general Dionisio Valverde será proporcionar a Fernández, Duarte y el norteamericano un lugar dentro de la casa donde conversar privadamente, después de que se hayan encontrado «casualmente» en la fiesta. Si el norteamericano y los dos generales se entrevistasen en otro sitio, podrían llamar la atención, pero nadie les concederá atención especial si coinciden allí como invitados del general Valverde.

—Entiendo. ¿Dónde están ahora los generales Fernández y Duarte?

—En Santo Domingo, de vacaciones. De incógnito, como suele decirse. Es decir, que no están en viaje oficial.

—Sí, sí, entiendo. ¿Y qué va a ganar con esto su general

Valverde?

—Ya le he dicho a usted que es sólo un intermediario. No va a ganar nada.

—¿Por qué se mete entonces en un asunto tan feo?

—Lo ignoramos. Pero sí sabemos que lo hace muy a disgusto.

—En tal caso, ¿por qué cede su casa para que se entiendan esas tres persona tan poco recomendables?

—No lo sabemos. Pero esperamos llegar a saberlo. Lo que sí sabemos es que le disgusta hacerlo, y que dejó bien claro que él sólo aportaría su casa y que luego no querría saber nada más.

—¿Y cómo saben ustedes tantas cosas?

—Espero que no olvide usted, señor Maxallence, que está hablando con una agente del servicio secreto dominicano, y que admita que aunque no somos tan... perfectos como la C. I. A.,

podemos hacer un buen trabajo de cuando en cuando.

—Eso significaría que estaban ustedes vigilando al general Valverde, ¿no?, posiblemente con micrófonos y cosas así.

—Eso no es cuenta suya, señor Maxallence.

—¿No quiere usted revelarme su fuente de información?

—Claro que no. Pero tenga la seguridad de todo cuanto le he dicho es cierto.

—¿Conoce el general Valverde al norteamericano?

—No.

—Entonces, ¿cómo va a invitarlo a esa fiesta en Montecariño?

—El norteamericano estará allí, del mismo modo que estará usted.

—¿Yo? ¿Quiere decir que van a invitarme? No conozco a ninguna de las personas que usted ha mencionado, no conozco a nadie en este país excepto a usted y a mí azafata. ¿Por qué demonios tendrían que invitarme a esa fiesta?

—Tendrá su invitación, no lo dude.

—¿Por qué es la fiesta?

—El general Valverde va a anunciar el compromiso de su hija con el joven y apuesto millonario Luis Ernesto Vargas, uno de los hombres más ricos de la República Dominicana.

—Buena boda. ¿Es guapa la chica?

—Casi tanto como yo —sonrió Marijuana.

—¡Fuiiiii...! —Silbó Grant, sacudiendo una mano—. ¿Tanto?

—He dicho «casi».

—Pero, hijita, ser «casi» tan guapa como usted es ser guapa por todo lo alto.

—¿Quiere decir que le gusto?

—Más que el pavo en Navidad. Y a propósito de Navidad: ya estamos muy cerca. ¿Qué planes tiene para ese día?

—Supongo que más o menos los mismos que usted.

—Lo dudo. A menos que sea usted tan tonta como yo, que para ese día estaré alimentando miles de gusanos.

—¿Tiene miedo?

—¿No debería tenerlo?

—Supongo que es normal. Pero ¿por qué preocuparse? No es usted quien tiene que morir, sino «Pig».

—¿Quién?

—Oh, bueno, así llamamos nosotros a ese norteamericano misterioso: «Pig». O sea, Cerdo.

—Le aseguro que entiendo el inglés —masculló Grant—. Muy bien, tengo que matar a «Pig». Pero... ¿ha de ser en la fiesta precisamente?

—¿Cuándo, si no? ¡Nadie le conoce!

—¿Nadie? ¿Ni siquiera los generales Fernández y Duarte? —Oh, bueno, quizá ellos sí le conozcan, claro, pero... dudo mucho que estén dispuestos a decírnoslo.

—Se les podría obligar.

—Quizá, pero en ese caso «Pig» desaparecería. Y es él quien tiene que morir.

—¿Y esos dos generales no?

—Es indiferente que mueran o no. Quien tiene que morir es «Pig», señor Maxallence, y espero de usted que entienda el porqué.

—Pues no lo entiendo —gruñó Grant.

—Sí... nosotros decidiésemos presionar a los generales Fernández y Duarte, que están de vacaciones en nuestro país, se podría organizar un gran escándalo, ¿no le parece? Todo un incidente diplomático de mucha gravedad. Para nosotros son intocables. Y por otra parte, ellos no importan demasiado, ya que si fuesen retirados de la circulación de un modo u otro, «Pig» quizá buscase otros dos generales, tanto en Perú y Colombia como quizá

en otros dos países. De modo que lo que hay que eliminar no es a los generales, sino al norteamericano que va a financiar esa operación. Muerto él, todo terminado. Y desde luego hay que matarlo en cuanto sepamos quién es, allí mismo, en la fiesta, sin darle la menor oportunidad de que se escape y jamás podamos volver a localizarlo. ¿Está esto claro para usted?

—Sí. Ahora sí. ¿Quién nos dirá quién es «Pig»? ¿El general Valverde, quizá?

—El general Valverde es muy apreciado en mi país, señor Maxallence, así que voy a rogarle que a él lo olvide completamente. No queremos molestarle, ni mucho menos vamos a permitir que lo moleste un agente de la

C. I. A.

Además, le repito que el general Valverde no sabe quién es «Pig».

—Pero lo sabrá en la fiesta, ¿no?

—Supongo que sí, pero el general Valverde no quiere saber nada más de este asunto, y nosotros queremos evitar que su nombre sea tan siquiera pronunciado en esta asquerosidad. Alguien le dirá a usted quién es «Pig», durante la fiesta. Entonces, simplemente, mátelos.

—Ya, ya. ¿Y luego?

—Ah, eso es cosa de usted. Suponemos que los bien entrenados agentes de la

C. I. A.

saben muy bien cómo desenvolverse en un caso como el presente.

—O sea, que me van a invitar a esa juerga en Montecariño...

—Fiesta de sociedad, señor Maxallence, no juerga.

—¡Je! ¡Pues para mí va a ser toda una juerga, guapa! Me voy allá, como caviar, bebo champán, veo chicas bonitas, bailo, beso si puedo, mato a un tipo... ¿Eso no es toda una juerga? ¡Con lo fácil que sería acercarse a uno de esos dos generales, retorcerles la nariz, y obligarles a decir quién es «Pig» y dónde está!

—Los dos generales Fernández y Duarte no han de ser molestados mientras estén en la República Dominicana, señor Maxallence, se lo repito. Además, quizá no conozcan todavía a «Pig». Pero sobre todo, si se hace algo contra ellos «Pig» podría enterarse, y entonces jamás llegaríamos a conocerlo. Así que hay que esperar a la fiesta, y matarlo allí inmediatamente.

—Podríamos... acelerar el proceso averiguando cuántos invitados norteamericanos acudirán a la fiesta del general Valverde y buscando entre ellos al que pudiera tener esa clase de intereses. No creo que vayan a invitar a muchos norteamericanos.

—Pues cree usted mal. Vendrán bastantes, desde personal del consulado a amigos particulares que llegarán de Puerto Rico, Washington, Miami, Dallas...

—¡Maldita sea mi stampa!

—¿Está usted armado?

—¡Claro que no! ¿Cómo demonios iba a pasar una pistola tan siquiera, si hasta me han requisado unas revistas?

—¿Le han requisado unas revistas? —Se pasmó Marijuana.

—No es usted sorda, ¿verdad?

—¿Qué clase de revistas?

—De chicas. Estoy aquí como fotógrafo de una revista llamada «Beautiful Girls», y, oficialmente, he venido a la caza de preciosas chicas morenas que quieran posar desnudas. Vaya, a propósito...

—Diga, diga —sonrió Marijuana—... ¿Va a hacerme alguna proposición?

—Bien tendré que justificar mi presencia aquí, ¿no? —sonrió también Grant.

—Pues fotografíe a «su» azafata. Y si no, busque por ahí. Encontrará chicas guapas a montones en mi país, se lo garantizo. Aunque no sé si aceptarán posar para una revista pornográfica.

—Revista artística —puntualizó Grant—. ¿Quiere ver un ejemplar?

—¿No dice que se los han requisado?

—No todos —rió el señor Maxallence.

Se subió las perneras de los pantalones, dejando al descubierto una revista arrollada en cada pantorrilla y sujeta con gomas. Las desprendió, y se las ofreció a Marijuana, que le observaba no poco divertida.

—No creo que me entusiasme ver chicas desnudas, señor Maxallence.

—Es que también hay algunos tíos en pelotas.

—Eso ya es otra cosa —rió Marijuana, tomando las revistas.

Abrió una de ellas, miró una de las fotografías, y alzó vivamente la mirada.

—Tiene usted un sentido un tanto peculiar de lo artístico, ¿no le parece?

—Oh, sólo hay unas pocas de éstas. ¡Mire qué chicas, mire!

Se incorporó, echándose hacia delante para señalar... y justo en ese momento se oyeron dos blandos impactos en el respaldo del asiento de atrás, allá donde había estado apoyado Grant Maxallence una fracción de segundo antes. Fueron dos «chop» que casi formaron uno solo. Grant quedó inmóvil. Marijuana lanzó una exclamación, tiró las revistas por la ventanilla, puso en marcha el motor, y el taxi salió disparado tan bruscamente que Grant regresó con fuerza a su asiento, rebotando de nuevo hacia Marijuana, que gritó:

—¡Encójase! ¡Nos están disparando!

—¡Oiga! —Se enfureció Grant—. ¡Mis revistas!

—¡Pero qué revistas, hombre, ni qué...! ¡Agáchese!

El vehículo había salido del camino, rebotando en el desigual terreno, alzando una nube de polvo. Grant se agarró con fuerza al respaldo del asiento de Marijuana, y miró hacia el exterior por la ventanilla cuyo cristal bajado había permitido la libre entrada de las dos balas. Pero era imposible que viese nada. El coche daba tales saltos que parecía que el mundo estuviese siendo sacudido por un terremoto. La cabeza de Grant dio dos veces contra el techo antes de que el supuesto agente de la

C. I. A.

consiguiese sujetarse adecuadamente.

—¡Me está usted despeinando! —gritó.

—¡Oh, cálese! ¡Y vea si nos siguen!

—¡Y un huevo! ¡Si muevo el cuello me voy a desnucar! ¡Pare este maldito cacharro!

Marijuana no le hizo el menor caso, y continuó alejándose del lugar del ataque durante tres minutos más. Por fin, detuvo el coche, y se volvió rápidamente a mirar hacia atrás por el cristal zaguero.

—¿Nos siguen? —exclamó.

—¿Tiene un peine? —preguntó Grant.

—¡Usted está loco!

—¿Lo dice porque estoy despeinado?

—¡Señor Maxallence...!

—Vamos, cálmese. No nos sigue nadie, y los dos estamos sanos y

salvos, ¿no es así?

Ella le miraba con los ojos muy abiertos. De pronto, se volvió hacia delante, abrió la guantera, y sacó un paquete envuelto en plástico, que tendió a Grant. Este deshizo el paquete, y se quedó mirando su contenido: una pistola, un silenciador, y una funda con su correspondiente atalaje axilar.

Miró a Marijuana, y movió la cabeza.

—A buena hora —masculló.

—Se la habría dado antes de despedirnos.

—Ya, ya. Bueno, regresemos.

—¿Regresar? ¿Adónde?

—Tengo que recoger mis revistas.

—Pero... ¿está loco? ¿De verdad está loco?

—Bastante loco. Regresemos.

Se quitó la chaqueta, y se colocó la funda axilar. Sacó el cargador de la pistola, asintió, y lo metió de nuevo en la culata con un golpe seco. Luego, colocó el silenciador, enfundó el arma, y cuando iba a ponerse la chaqueta se fijó en la corbata. Se la quitó y la tiró por la ventanilla. Miró a Marijuana.

Ésta parpadeó, dio la vuelta, y emprendió el regreso. Poco después detenía el coche en el mismo sitio donde habían estado antes. Grant Maxallence se apeó, recogió sus revistas, las sacudió, y se las puso en un bolsillo de la chaqueta, mientras miraba alrededor. Se alejó tranquilamente del coche. Cuando y tras sentarse de nuevo detrás de Marijuana, mostró a ésta los dos casquillos de bala en la palma de su mano.

—Browning 765 —dijo calmamente—... ¿Sabe de alguien que tenga una de éstas? Lo digo porque le pasaríamos la factura de la tapicería nueva para su taxi. Le han hecho dos feos agujeros.

—Pudieron hacérselos a usted.

—Sí. Y encima va usted y tira mis revistas... Menos mal que las he recuperado. Quizá a nuestro desconocido tirador no le gusten las chicas. O sea, que es muy diferente a mí.

—Debieron ser varios...

—No. Sólo he visto pisadas de un hombre. Y las marcas de los neumáticos de un coche. Ha ido en dirección opuesta a la nuestra. Ya ve que no había peligro de que nos persiguieran. Bueno, ¿conoce a alguien que tenga una Browning?

—¡Y yo qué sé!

—Claro. Espero no sorprenderla con esta pregunta, señorita Loperena: ¿quién más sabe todo esto y nuestro encuentro en el aeropuerto de tal modo que haya podido seguirnos desde allí?

—Bueno... Mi servicio secreto, claro. ¡Pero por supuesto que ellos no han sido, qué estupidez!

—Muy bien, descartemos a sus compañeros, pues en efecto sería una estupidez hacer venir a un yanqui para meterle dos balas en el pecho. ¿Quién nos queda?

—Pues... nadie más.

—¿Se da cuenta de que acaba de decir una tontería?

—Sí... Tiene razón, desde luego. Bueno, no sé... ¡Debemos marcharnos de aquí!

Grant Maxallence estuvo unos segundos mirando reflexivamente los casquillos de las dos balas. Por fin, asintió, miró sonriente a la muchacha, y dijo:

—Espero que me hayáis buscado un alojamiento digno de mí, bella Marijuana.

CAPÍTULO III

El alojamiento era digno de un príncipe.

Nada menos que una «suite» en el sensacional Hotel Bohío, sito en el Paseo del Presidente Bellini, frente al puerto deportivo, en el cual, y desde la terraza, Grant Maxallence estuvo unos minutos contemplando los yates.

La cosa había sido fácil. Marijuana le había dejado delante mismo de la entrada del hotel, y había dicho:

—El conserje se llama Amadeo. Pregunte por él y diga que es el caballero norteamericano al que se le reservó una «suite».

¡Y qué «suite»! Dos dormitorios, salón, despachito, dos cuartos de baño, terraza llena de flores... Desde allí, desde la terraza, y debajo mismo de ésta, en el jardín del hotel se veía la piscina, la pista de baile, el techado del bar instalado como si fuese un auténtico bohío cubano...

«A lo mejor, el dueño del hotel es cubano, y siente nostalgia», —pensó Maxallence.

Se bañó, se afeitó, se puso un elegante traje gris oscuro, zapatos negros y una corbata como Dios manda, y, a las ocho en punto, bajó al comedor, donde se había citado por teléfono con la azafata del vuelo 209 de la American Airlines, la cual llegó solamente dos minutos más tarde, ocasionando tortícolis en los caballeros, que se volvieron a mirarla estupefactos.

Grant acudió a su encuentro, le tomó las manos, y la besó en ambas mejillas, simpáticamente.

—Estás de miedo —susurró—: nos van a multar.

La muchacha rió. Grant la condujo hacia su mesa, dejando tras ellos un leve rastro de delicioso perfume. Esther Cummings llevaba un vestido de noche corto que dejaba al descubierto sus hombros, y

con un escote impresionante. Tras acercarle la silla y sentarse él frente a la muchacha, Grant propuso:

—¿No sería mejor que subiésemos ya a mí «suite»?

—Como tú quieras —le miró sonriente ella.

Grant torció el gesto.

—Cenemos antes —se resignó—: los soldados deben alimentarse bien antes de ir a la guerra. ¿Te gusta el champán?

—¡Me encanta el champán! Pero la invitación era para tu vuelta a casa, ¿no?

—Adelantaremos eso, por si acaso.

—Por si acaso ¿qué?

—Por si se agota el champán francés.

La cena fue un éxito. Posiblemente, Grant Maxallence era un golfo, pero de lo que no cabía duda era de que sabía comer, y como tratar y agasajar a una chica guapa. Y simpática. Esther Cummings sabía reír, cosa poco frecuente, como observó Maxallence.

—¡Pero todo el mundo sabe reír, Grant! —rió ella.

—Claro que no. Tengo un amigo que cuando ríe parece que se esté asfixiando. Y conozco algunas chicas que al reír parecen que estén cloqueando y a punto de poner un huevo. Recuerdo una que...

Esther volvió a reír. Se estaba bien allí. Muy bien. Era como la última cena del condenado a muerte, pensó Grant. Después de la cena pasaron al jardín. Alrededor de la piscina se habían dispuesto mesitas con mantel rojo y una vela encarnada. En la pista de baile había ahora un número de atracciones, aunque a Grant no le atrajo nada. Estaba harto de tíos listos que saben hacer malabarismos con bolitas y botellas. Pero lo de sacar una paloma de un pañuelo vacío un instante antes no estuvo nada mal, no señor. Aunque más visto que la estatua de la Libertad, claro.

Luego apareció un cantante de raza negra, un tipo de lo más atractivo, que se puso a vociferar los amores ardientes de una pareja perdidos en una plantación de caña de azúcar que era propiedad del padre de la muchacha, la cual era blanca, y el amante, negro.

—¡La de complicaciones que se busca la gente!

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Esther.

—Porque si el papá de la niña no quiere que vaya con el

muchacho, se le hace un corte de mangas al papá, y asunto concluido. Aunque si yo fuese el negro de la canción todavía me complicaría menos la vida.

—¿Cómo lo conseguirías?

—Pues me buscaría una negra. ¡Pero hombre, si están todas para comérselas!

—¿Te gustan más las negras que las blancas?

—A mí me gustan todas... ¡Caramba! —Se puso rápidamente en pie—. ¡Y hablando de todas...!

Tras las exclamaciones, fruto de la sorpresa al ver aparecer en el jardín a Marijuana Loperena, se quedó pasmado, percatándose de lo diferente que aparecía la muchacha con su traje de noche, sin el quepis, sueltos los cabellos... Su piel tersa y morena reflejaba las luces como si fuese de seda. Junto a ella, un tipo alto, elegante y tirando asquerosamente a guapo, la llevaba del brazo, caminando ambos en pos de un camarero hacia una de las mesitas.

—¿Qué pasa? —preguntó Esther, divertida.

—¿Me perdonas un momento?

—Bueno.

Cuando Grant llegó ante la mesita, Marijuana ya se había sentado, y su acompañante lo estaba haciendo. En la pista, el negro seguía contando su apasionante amor clandestino en el cañaveral...

—¡Hola! —saludó Grant—. ¿Qué tal?

—Muy bien, señor Maxallence —le miró apaciblemente Marijuana—. ¿Y usted?

—¿Yo? Oh, estupendamente, desde luego.

—Pues me alegro muchísimo.

—Gracias. Vaya, vaya, vaya... ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!, ¿no le parece?

—Ninguna casualidad. Mi compañero y yo hemos venido a cerciorarnos de que todo va bien. ¿Tiene algún problema?

—Yo no, pero el negro si —señaló Grant hacia la pista—. Está enamorado de una chica blanca, y se la ha llevado a un cañaveral. ¿Quiere decir que ha venido usted aquí solo para ver si estoy bien?

—De todos modos había pensado salir esta noche a divertirme un poco. ¿Y usted? ¿Se divierte?

—Me las voy arreglando. ¿De veras eso es todo? ¿Ha venido aquí a preguntarme eso y ya está?

—A decir verdad —dijo el hombre, sonriendo—, no nos gustaría que a usted le ocurriese nada malo, señor Maxallence.

Grant había desviado la mirada lentamente hacia el hombre. Asquerosamente guapo. Y bajo el brazo izquierdo la perspicaz mirada de Grant Maxallence distinguió el apenas perceptible bulto de un arma.

—No necesito guardaespaldas —murmuró.

—No se lo tome a mal —sonrió Marijuana—. Después de lo de esta tarde en el campo nos pareció que debíamos hacer posible por evitarle otros contratiempos.

—Sería muy lamentable que a usted le ocurriese algo... antes de terminar su trabajo —dijo el hombre.

—Estoy segura de que nos comprende —sonrió de nuevo Marijuana: y movió la barbilla de modo apenas perceptible hacia la mesa de Grant—. ¿Es «su» azafata?

—Sí.

—Encantadora muchacha. Norteamericana, claro.

—¿Piensan pasarse la noche detrás de mí? —Gruñó Grant.

—Sólo hasta determinado momento. En cuanto usted esté a salvo, nos retiraremos. ¿Piensa usted salir esta noche?

—No.

—¡Ah! Sí, comprendo: velada completa. Cena para dos, música, champán, y luego... ¡a la cama! Éste es un hotel muy serio, señor Maxallence, de modo que, cuando menos, procuren ser discretos. ¿Le gusta Santo Domingo?

—Váyase al cuerno —masculló Grant.

Regresó a su mesa, donde, Esther estaba encendiendo un cigarrillo. Se sentó él, y encendió otro.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó Esther.

El cantante terminó sus quejas de amor, y el público aplaudió sin gran entusiasmo, pero cortésmente. A fin de cuentas, el muchacho había estado trabajando para ellos. Mientras aplaudía, Grant dijo:

—Ella es mi taxista. Se llama Marijuana.

Esther se echó a reír, y pareció dispuesta a decir algo, pero en aquel momento aparecieron en la pista un grupo de muchachas también de raza negra, y casi vestidas con unas graciosas braguitas que parecían de oro. Además de eso llevaban zapatos de tacón alto

y plumas de colores en la cabeza. Seis hermosas y despampanantes muchachas, seis, que dejaron boquiabierto a Grant Maxallence. Seis hermosas, alegres, rientes, agilísimas muchachas que habían aparecido ya bailando al frenético son de tambores, y que parecían dispuestas a seguir haciéndolo hasta caer agotadas.

—¡Caray! —exclamó Grant—. ¡Qué hermoso es el mundo!

—Bailan muy bien —dijo Esther—. Son muy graciosas.

Grant miraba los pechos de las muchachas, cuyo movimiento era por demás estimulante. Tenían los ojos muy grandes, los dientes muy blancos, la sonrisa encantadora.

—¿Gracias? —farfulló—. ¡Están sensacionales! Y se me está ocurriendo una idea... ¡Qué gran idea!

—¿Invitarlas a champán?

—Entre otras cosas —rió Grant.

Comenzó a aplaudir estruendosamente, mostrando su entusiasmo. Si quería conseguir sus propósitos tenía que resultarles simpático a las chicas... ¿cómo habían dicho que se llamaban? Ah, sí: Las Caribeñas.

Desde la pista, las muchachas miraban sonrientes a Grant. Dos de ellas, sin dejar de bailar, se acercaron a su mesa, lo asieron una por cada mano, y tiraron de él.

—¡Eh! —exclamó Grant—. ¡No! ¡De eso nada, que no, que soy un pato, bailando...! ¡Que no!

Pero Las Caribeñas seguían tirando de él, el público reía, otras dos muchachas llegaron hasta Grant, y comenzaron a empujarlo, ayudando a las dos anteriores... Grant Maxallence se encontró en el centro de la pista, rodeado de bellísimas muchachas que evolucionaban a su alrededor, haciéndole guiños, moviendo los hombros de modo que los senos no ya vibraban, sino que parecían sometidos a un temblor de terremoto.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó Grant, en inglés.

Las chicas rieron. Una de ellas le tomó de las manos y le hizo evolucionar con ella. El público aplaudió más, riendo. Grant Maxallence se resignó. ¿Cuál era el único modo de salir airoso de la situación? Pues, seguir el juego. Así que comenzó a seguir el baile lo mejor que supo, efectuando unos pasos rumberos que causaron el alboroto de Las Caribeñas...

En su mesa, el acompañante de Marijuana Loperena dijo:

—¿Ése es el hombre que ha de hacer el trabajo?

—Lo hará. Tiene la sangre más fría que un tiburón.

—Es un idiota.

—No lo creo. Simplemente, baila la música que le tocan... Y eso no es de idiota. Además, es un tipo... divertido, ¿verdad? Las chicas lo están pasando divinamente con él.

—Podemos hacerlo nosotros mismos —gruñó el hombre—. No necesitamos que un fantoche semejante nos ayude en nada.

—Ya está decidido —encogió los hombros Marijuana.

En la pista, Grant Maxallence se había convertido en el rey del grupo. Agarraba una chica por la cintura, daba una amplia vuelta con ella, la besaba en una mejilla, e iba a por otra chica. Y vuelta a empezar.

Cuando el baile terminó los aplausos parecieron un trueno de largo retumbar. Abrazado a dos de las chicas, Grant Maxallence saludaba, sonriente, diciendo por un lado de la boca:

—¿Nos vemos mañana, guapas?

Ellas reían.

—Que sí, mujeres... Venid a buscarme al hotel, lo vamos a pasar bomba... Y además, puedo pagaros mil dólares por sólo unas cuantas fotos.

—¿Unas fotos? —preguntó una de las chicas, sin dejar de saludar moviendo las caderas.

—Bueno, dos mil pavos.

—¿Qué clase de fotos?

—Que sean tres mil. ¡Y os haré famosas en los Estados Unidos!

—¿Fotos desnudas? —rió la negrita.

—Bueno, pues cinco mil para las seis.

—Seis mil para las seis.

—De acuerdo... Os voy a enviar una botella de champaña al camerino o lo que sea.

—Mejor dos botellas. Siempre tenemos mucha sed al terminar.

—Dos botellas. Preguntad por mí: Grant Maxallence.

—Okay, guapo.

Grant regresó a su mesa, mientras Las Caribeñas se disponían a ejecutar otro número no menos apasionante. Cuando Grant se sentó, Esther todavía reía.

—¡Veo que sabes divertirte! —exclamó.

—Me han sacado a la fuerza.

—Sí, pero has sabido adaptarte muy bien enseguida. Eso es siempre muy conveniente, Grant. ¿Sabes que Dominique no te ha quitado ojo de encima?

—¿Quién es Dominique? —Frunció el ceño Grant.

La mirada de Esther Cummings se desvió un instante. Grant no tuvo necesidad de seguir la dirección de su mirada para comprender. Encogió los hombros.

—No digas tonterías. Oye, se me está ocurriendo que ya está bien de baile y tonterías. Voy a pedir que nos suban una botella de champán a la «suite», y tú y yo...

—Cuánto lo siento, Grant, pero tengo que marcharme.

—¿Qué?

—Mañana entro de servicio muy temprano.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¡Esta noche tú y yo íbamos a hacer diabluras en...!

—Quizá en otra ocasión —sonrió Esther, abriendo su bolso; sacó un par de fotografías y las empujó hacia Grant—. Éste es el hombre que os disparó esta tarde en el campo. Se llama, o dice llamarse, Osvaldo Fuentes, y ocupa el apartamento 302 en el número 12 de la Calle Trinitaria.

Grant Maxallence estaba que si le pinchan no le sale sangre. Oía perfectamente, pero sus circuitos mentales estaban como bloqueados. Por fin, tras un parpadeo, dejó de mirar a Esther Cummings, y miró las dos fotografías. Una de ellas mostraba a un hombre saliendo de un coche. La otra, casi de espaldas ahora, entrando en un edificio en cuyo dintel se veía el número doce.

Cuando volvió a mirar a Esther, ésta empujaba hacia él un paquete de cigarrillos.

—Dentro hay una pequeña radio —explicó la azafata—, cuyo manejo no puede ser más sencillo: botón verde hace contacto, botón rojo lo interrumpe. Pero, Grant, no debes utilizarla salvo que sea caso de vida o muerte. ¿Lo entiendes? Por lo demás, incluso en lo que decidas hacer con respecto a Osvaldo Fuentes, tendrás que arreglártelas solo. Entiendo que te han proporcionado un arma, ¿no es así?

—Sí.

—Sé que sabes manejarla, pero ten cuidado. Y no se te ocurra

decirle a Dominique que en caso de auténtica necesidad hay personas cerca de ti dispuestas a echarle una mano... si es posible. Recuerda que la

C. I. A.

no se comprometerá seriamente en ningún momento. ¿Está todo claro?

—Sí... Creo que sí.

—Muy bien, ¿qué te dijo exactamente Dominique?

—La madre que te parió —jadeó Grant—... ¿Tú eres de la cochina

C. I. A.?

—Más o menos —sonrió Esther—. Digamos que hago ocasionalmente algunos trabajos para ella. ¿Qué te dijo Dominique?

—¡Y dale con Dominique! Por si te refieres a mí taxista, se llama Marijuana Loperena, y es la...

—No. Se llama Dominique Dufresne, es haitiana, o sea, del otro lado de la isla, y está ocupando un apartamento en el 220 de la Avenida de la Independencia. El hombre es nuevo en esto, no lo conocemos...

Grant se pasó una mano por la frente.

—¿Estás segura? ¿No se llama Marijuana, ni es dominicana, ni forma parte del servicio secreto de este país?

—Sonríe, por favor —rió Esther—... Estoy segura de todo lo que te he dicho. Ahora bien, la posibilidad de que Dominique Dufresne esté trabajando para el servicio secreto dominicano no hay que descartarla, claro. Pero nosotros lo dudamos.

—Maldita embustera —rechinó los dientes Grant—. ¡Le voy a romper todos los...!

—Nada de eso. Seguirás el juego. Para ti, esa chica sigue siendo Marijuana Loperena. A ver hasta dónde llegan. Y ahora, explícamelo todo. ¡Pero sonríe, por favor!

—La madre que os parió —masculló Grant Maxallence.

CAPÍTULO IV

Se apeó del taxi en el cruce de Trinitaria y 16 de agosto, bajó por esta hasta el cruce con Calle de Berto, y subió por 30 de marzo hasta alcanzar de nuevo Trinitaria. En un par de ocasiones, al mirar disimuladamente hacia atrás, le pareció que veía el mismo coche circulando lentamente tras él, pero finalmente el coche desapareció. Debían ser todo figuraciones suyas. Al fin y al cabo estaba jugando a espías... ¡Maldita

C. I. A.!

Aunque le habían demostrado una cierta consideración, después de todo. Por medio de Esther acababan de demostrarle que, hasta donde fuera posible, le apoyarían.

«Quizá no sean tan cabritos, después de todo», —pensó.

Caminaban ahora por Trinitaria, buscando el número 12. En el fondo no estaba muy seguro de que estuviese haciendo lo debido. Quizá no debía complicarse la vida. Pero si la

C. I. A.

le había facilitado el nombre y la dirección del sujeto que le había disparado aquella tarde estaba bien claro que era porque esperaba que él siguiera aquella pista.

«¡Y pensar que a estas horas yo creía que estaría en la cama con la azafata! La chica dos mil quinientos setenta y dos... ¡Bah, al demonio todos!».

Había subido a su «suite» con Esther, para despistar a Marijuana Loperena y su guapo acompañante, pero al poco, Esther se había marchado, sola, y él había salido quince minutos más tarde. Podía darle una buena lección al tal Osvaldo Fuentes, desde luego. ¡Le iba a partir la cara, al muy...!

El número doce.

La puerta del edificio estaba cerrada. Grant puso la mano en la manilla, la bajó y empujó. La puerta se abrió. Entró y volvió a cerrar. A través de los cristales llegaba la luz de la calle Trinitaria. Pasó un automóvil. No era el mismo de antes. Bien.

Encontró el interruptor de la luz de la escalera. No había ascensor. Bueno, de todos modos no había pensado utilizarlo. ¿Qué debía estar haciendo Marijuana en aquel momento? ¿Se habría acostado con el tipo guapo que la acompañaba? La sola idea de esto le puso de un humor pésimo. Mal asunto para Osvaldo Fuentes.

«Decididamente, soy un golfo: estaba dispuesto a pasar la noche con la azafata, pero en quien pienso es en la taxista...».

Se detuvo en seco. En alguna parte estaba sonando el timbre de un teléfono. No supo localizar donde, y cuando se esforzaba en conseguirlo, el timbre dejó de sonar. Bueno, ¿qué le importaba a él que alguien llamase a alguien a aquella hora de la noche?

Llegó al tercer piso. Puerta dos.

Se quedó mirándola con incredulidad. Había estado rompiéndose la cabeza pensando en cómo se las iba a arreglar para engañar al tal Osvaldo Fuentes para que éste le abriese, y ahora resultaba que no era necesario. La puerta estaba entornada, no cerrada.

Con la punta de un pie la empujó un poco más, mientras sacaba lentamente la pistola. Acabó de abrirla con un suave empujón, y se colocó a un lado, rápidamente. No sucedió nada. Sólo percibió una ligera corriente de aire.

Dentro del apartamento no había luz alguna encendida. Todo era silencio.

Cuando estaba pensando qué podía hacer, la luz de la escalera se apagó, sobresaltándole. Pero enseguida comprendió que el interruptor tenía un dispositivo de tiempo, y que, cumplido éste, la luz se había apagado. Así de simple.

Con unas cuantas zancadas entró en el apartamento, desviándose de modo que no quedase en el hueco entre la puerta y el fondo, a pesar de que en la oscuridad nadie podría verlo. Una de sus rodillas chocó con algo, y Grant ahogó el grito de dolor... esfuerzo y control que no sirvió de nada, pues el estrépito fue considerable.

Nada ocurrió. Volvió a notar la leve corriente de aire.

Se fue desplazando lentamente. Comprendió que estaba en un pasillo cuando notó con más fuerza la corriente de aire. Deslizándose una mano por la pared, encontró un interruptor. Sin más, lo accionó. Un aplique de pared esparció una tímida luz por el pasillo. Al fondo vio la puerta abierta de la cocina. Y entonces ya no tuvo más remedio que comprender.

Caminó rápidamente hacia allí. Se detuvo en el umbral de la cocina, y se quedó mirando la ventana abierta, que debía dar a un patio interior. La luz llegaba por detrás de él desde el aplique del pasillo.

Muy bien, todo estaba claro, todo era evidente. La explicación no podía ser más sencilla. Mascullando una palabrota, Grant enfundó la pistola, y entró en la cocina, directo hacia la ventana abierta.

Nada más había dado dos pasos su instinto le envió la señal de alarma.

Demasiado tarde.

Ni siquiera tuvo tiempo de tocar la pistola, ni de volverse. Le pareció que un petardo estallaba dentro de su cabeza, que se llenó de luces de mil colores. Fue un auténtico estampido, una orgía de fuegos artificiales.

Y acto seguido, la más densa oscuridad.

La primera sensación que tuvo al despertar fue la de que tenía unas tenazas clavadas en el occipucio. Qué tontería. Moviéndose los ojos, y vio el recuadro de luz agrisada en la ventana. La ventana. La cocina.

Durante un par de minutos permaneció inmóvil, sintiendo aquel espantoso dolor de cabeza. Pero podía pensar. Y pensaba que si no le habían matado, ya no le iban a matar. Tenía la certeza de que estaba solo en la cocina, en el apartamento. Moviéndose la cabeza, y fue como si alguien la emprendiera con ella a martillazos. Consiguió sentarse en el suelo, y se llevó las manos a la cabeza. Sí, dentro debía haber alguien con un martillo, divirtiéndose dando golpes a las paredes de su cráneo. Lanzó una exclamación cuando sus dedos rozaron el chichón en la parte posterior de su maldita cabeza que tenía dentro un malvado enanito con un maldito martillo.

Al primer intento de ponerse en pie la cabeza comenzó a darle vueltas, y volvió a sentarse enseguida, jadeando. Cerró los ojos. ¿No

se iba a estar quieto el maldito martillo enanito? Le dolía la cabeza, la nuca, y los hombros cerca de la base del cuello. Espantoso.

«Muy bien —pensó—, pero no voy a pasarme aquí la vida quejándome de mí suerte».

Marijuana Loperena, que le había abierto la puerta desde su apartamento por medio del portero electrónico, lanzó una exclamación al verlo salir del ascensor, frente al cual estaba.

—¡Señor Maxallence...! ¿Qué le ha pasado?

—No grite —suspiró Grant—. Por favor, hable bajito.

Ella le tomó de un brazo, y lo llevó hacia su apartamento, cuya puerta estaba abierta. La cerró cuando hubieron entrado los dos, y volvió a mirar el pálido rostro de Grant, la mueca de dolor en sus facciones.

—Venga —volvió a tomarle del brazo—... Venga a sentarse. Le daré algún remedio para su indigestión. Debió cenar demasiado.

—Muy graciosa —masculló Grant.

Entraron en la salita, y Grant ocupó un sillón, llevándose de nuevo las manos a la cabeza.

—¿Cómo me ha encontrado? —susurró Marijuana.

—Le cambio esa información por unas aspirinas, o algo parecido. Lo más fuerte que tenga para el dolor de cabeza.

Segundos más tarde, Grant ingería tres tabletas de analgésicos. Marijuana vio el chichón, movió la cabeza, y ayudó a Grant a caminar hasta el sofá, donde él se tendió boca abajo, aconsejado por ella, que le había quitado la chaqueta.

—Quédese quieto, relájese... Voy a intentar aliviarle un poco. Vamos, relájese, señor Maxallence.

Los dedos de Marijuana comenzaron a presionar en la base del cuello de Grant, y hacia los hombros. El supuesto agente de la C. I. A.

comenzó a experimentar la sensación de que lo estaban acariciando mil ángeles...

Abrió los ojos de pronto. Sí señor, olía a café. A buen café. Entonces vio ante sus ojos un par de piernas morenas, lustrosas, tersas, macizas, sensacionales. Las vio casi hasta las ingles. Ah, sí, demonios, ella le había recibido con aquella batita blanca escotada y corta que...

—¿Quiere café?

La voz había sonado por encima de las piernas. Grant movió la cabeza, alzó los ojos. Junto a él, Marijuana Loperena le sonreía amistosamente. Le ayudó a sentarse en el sofá, y fue hacia la mesita donde tenía preparado el café. Prácticamente, se le veían las nalgas. O sea, que no llevaba nada debajo de la bata...

Ella regresó con una taza de café, y se inclinó hacia él, ofreciéndosela. La mirada de Grant se clavó en los pechos de Marijuana, que casi se habían salido de la batita.

Tomó la taza.

—Estaba acostada cuando usted llamó —explicó ella—. Lo que tenía más a mano era esta bata.

—Por mí está bien —murmuró Grant—. ¿Duerme desnuda?

—Sí. Me gusta.

Grant Maxallence se tomó el café. Ya no le dolía la cabeza y el dolor de la base del cuello y los hombros había cedido casi completamente. Cuando terminó el café, Marijuana encendió dos cigarrillos, le puso uno entre los labios, y se sentó a su lado.

—Ha debido de ser un golpe tremendo, pero tiene usted la cabeza muy dura, señor Maxallence. Tanto, que no hay herida. ¡Pero vaya un chichón...!

—Alguien le avisó por teléfono —dijo Grant.

—¿A quién?

—A Osvaldo Fuentes. Sí, le avisaron mientras yo subía la escalera. Y él supo reaccionar deprisa: abrió la puerta, lo dejó todo como si hubiese escapado por la ventana de la cocina, y cuando entré allí me dio el trastazo.

—¿Quién es Osvaldo Fuentes?

—El sujeto que nos disparó esta tarde.

—¿Cómo lo ha encontrado? —exclamó Marijuana.

—Pura magia. Ese tipo estaba en el número 12 de Trinitaria, en el apartamento 302. ¿Cree usted o sus amigos podrán encontrar algún rastro allí? Le conviene a usted, sobre todo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Si esta tarde hubiese querido matarme a mí cuando disparó, esta noche habría tenido resuelto el problema, ¿no? En lugar de golpearme, pudo meterme varias balas en la espalda. O después de golpearme.

—¿Usted cree que disparó contra mí?

—¿No le parece lógico?

—Pues... sí. Quizá tenga mala puntería. Pero también es posible que el hombre que le ha golpeado a usted no haya sido ese Osvaldo Fuentes, sino otro que andase buscándolo a él, y que no supiera quién era usted. Quizá alguien estaba... Pero no. Si avisaron a quien estaba en casa de Fuentes de que usted subía, es que le conocen.

—Ajá. Y pudieron matarme. Así que... Cuídese, Marijuana.

—Voy a llamar a Renato para que vea de encontrar algo en ese apartamento.

—¿Quién demonios es Renato? Espere, no me lo diga: ¿su acompañante del Hotel Bohío?

—Sí. —Marijuana rió quedamente—... Baila usted muy bien, señor Maxallence.

—Escuche, no sé si me ha entendido bien —gruñó Grant—: a quien quieren matar es a usted. Para mí está bien claro.

—Sí, eso parece. Bueno, llamaré a Renato.

—A decir verdad creí que lo encontraría aquí. En la cama.

—No. Hoy no —relucieron los ojos de Marijuana.

—Ah.

—¿Quiere más café?

—No, que me quita el sueño. Vamos, llame de una vez.

Marijuana efectuó la llamada. Grant fumaba y la miraba pensativamente. Era fácil saber lo que decía Renato sólo oyéndola a ella. Naturalmente, Renato aceptó enseguida el encargo de darse una vuelta por el apartamento de Osvaldo Fuentes. Marijuana colgó, y volvió a sentarse junto a Grant.

—Bueno, quizá mañana hayamos conseguido algo en ese sentido... ¿Cómo se encuentra?

—Mejor.

—En ese caso quizá podrá decirme ahora cómo me ha encontrado a mí.

—Por el olfato: huelo una hembra de clase a mil millas.

—Supongo que debió seguirme cuando regresé... Pero le creía en su «suite», con la azafata.

—Ojalá me hubiera quedado allí. Pero bueno, ya que estoy aquí...

—¿Qué?

—Que es ya muy tarde, y deberíamos acostarnos.

—No es bueno dormirse después de recibir un golpe en la cabeza.

—Es que no pienso dormirme. He dicho acostarnos, no dormirnos. Es diferente, ¿no?

—Ya lo creo que sí —sonrió Marijuana.

—Me alegra mucho que captes la sutil diferencia —murmuró Grant Maxallence.

Con el brazo izquierdo rodeó la cintura de la muchacha, y la atrajo. Introdujo la mano derecha por el escote de la diminuta bata, y la posó sobre el seno izquierdo de Marijuana, cuyo contacto tibio y cremoso le estremeció. Ella le miraba fijamente a los ojos, en lo que era correspondida. ¡Qué ojos tenía Marijuana Loperena! ¡Y qué boca!

Grant Maxallence acercó la suya a la de ella. Todavía pudo ver cómo los rojos labios frescos se entreabrían. Luego, ya no vio nada. Besó aquella boca jugosa, a fondo pero suavemente. Los cálidos labios de Marijuana parecieron fundirse con los suyos. Maxallence deslizó su mano derecha sobre el pecho de Marijuana, lo acarició, percibiendo la turgencia del pezón, grande, delicado...

A juicio de Grant Maxallence el beso duró unas siete mil quinientas eternidades, hasta que ella suspiró por la nariz, envolviendo su rostro en una caliente oleada de aire.

Entonces, Grant se separó, y susurró:

—¿Bien?

—Muy bien —susurró también Marijuana.

—Entonces, sigamos...

—No —suspiró ella—... Ven conmigo.

Se pusieron en pie los dos. Grant la abrazó por la cintura, caminando ambos hacia la salida del saloncito. De pasada, ella tomó la chaqueta de él. Salieron al pasillo. Grant Maxallence tenía la impresión de estar caminando sobre nubes de color rosa. Eso era todo lo que veía: el mundo de color de rosa.

Ella se detuvo, y él lo hizo también. Ajá, estaban ante la puerta del dormitorio. Ella la abrió, y señaló. Él sonrió, y pasó delante de ella.

La puerta se cerró a espaldas de Grant Maxallence. Éste se volvió, sorprendido, desconcertado.

—Pero ¿qué haces...?

No dijo nada más.

Estaba en el pasillo del piso donde tenía Marijuana su apartamento. No en el dormitorio de ella. En el pasillo. Miró a derecha e izquierda.

—Buenas noches, señor Maxallence —sonó la voz de Marijuana a través de la puerta.

Todavía atónito, Grant se dio cuenta de que tenía su chaqueta en una mano. De pronto, su gesto se convirtió en una mueca de furia. Se puso la chaqueta, se dirigió hacia la puerta del ascensor, y masculló:

—La madre que te parió.

Nada más entrar en su «suite» del Hotel Bohío comprendió que ocurría algo extraño.

El primer indicio fue la visión de los dos cubos conteniendo sendas botellas de champán en hielo, colocados sobre la mesita. Se acercó, y comprobó, enfurruñado, que las dos botellas estaban vacías.

La revelación fue súbita. ¡Las Caribeñas! Oh, cielos, por fin sucedía algo agradable aquella noche... ¡Por fin! Sonrió como el redomado granuja que en realidad era, y se imaginó por anticipado la escena que iba a seguir...

Fue talmente como si ya la estuviese viviendo: él entraría en su dormitorio, y allá se encontraría con las seis muchachas, las bellísimas Caribeñas, todas desnuditas, esperándole con otra botella de champán, escondidas para darle una sorpresa. Y en cuanto él apareciese ellas se dejarían, ver, bailando silenciosamente, agitando sus hermosísimos senos, sonriéndole con aquellas hermosas bocas de dientes tan blancas, y bailarían en torno a él, y le besarían, reirían, y le dirían que por cuál de ellas quería empezar... Grant Maxallence casi corrió hacia el dormitorio en el que había dejado sus cosas. Eran unas chicas listas, sabrían que aquél era el dormitorio que él había elegido de los dos que había en la «suite».

Entró impetuosamente, abriendo los brazos.

—¡Ya estoy...!

El dormitorio estaba vacío. Enseguida vio el rectángulo blanco sobre la cama. Se acercó rápidamente, lo cogió, y manoseó el papel, mosqueado. En perfecto castellano. Las Caribeñas firmaban una nota en la que decían que se habían cansado de esperarle, y que si

la oferta de las fotos seguía en pie las llamase a tal número por la mañana.

Grant Maxallence tiró con furia el papel al suelo, y barbotó:

—¡La madre que os parió! ¡Vaya nohecita que me habéis dado entre todas...!

CAPÍTULO V

El día empezó bastante mejor. Un hermoso día, naturalmente. Un soleado y hermoso día en pleno trópico, naturalmente; y de invierno, que todavía era mejor que el verano, pues el clima era más seco y cálido. En verano llovía mucho...

—Buenos días, señor Maxallence —le saludó el conserje Amadeo, de nuevo de turno en recepción.

—Espero que lo sea —gruñó Grant, entregándole la llave—. ¿Dónde puedo alquilar un automóvil grande?

—Si usted lo desea puedo encargarme de ello, señor. Antes de diez minutos lo tendrá a la puerta del hotel.

—Espléndido. Que sea muy grande.

—Un coche americano —sonrió Amadeo—. Ah, señor Maxallence, tiene usted un recado.

Dijo esto al dejar la llave colgada ante su casillero, en el cual vio entonces Grant un sobre. Amadeo lo tomó, y se lo entregó descolgando acto seguido el teléfono para pedir el coche de alquiler.

Grant vio su nombre escrito en el sobre, a máquina. Sólo eso. No había sellos, así que cabía pensar que el sobre había sido llevado allí a mano, directamente, sin pasar por el servicio de correos.

—¿Quién lo ha traído?

—¡No lo sé, señor! —Replicó Amadeo, que acababa de marcar un número—. Lo encontré sobre el mostrador hace un rato. Perdóneme, están al aparato...

Grant asintió. Abrió el sobre. Dentro había una cartulina de color rosa pálido. Con artística tipografía se había impreso lo siguiente:

DIONISIO VALVERDE
tiene el gusto de invitar a
usted al anuncio de esponsales de su
bien amada hija
GABRIELA
con el señor
LUIS ERNESTO VARGAS
Feliz acontecimiento que tendrá lugar
en nuestro hogar de Montecariño el próximo día
seis de diciembre.
Con nuestra consideración más distinguida.

«Apuesto a que esta Gabriela es un loro», pensó Grant.

Se guardó la invitación. Amadeo estaba ante él, mirándole.

—El coche llegará en unos minutos, señor Maxallence.

—Gracias. ¿Desde dónde puedo telefonear? No, déjelo, lo haré desde mi habitación. De todos modos tengo que volver a subir, porque me he olvidado unas cosas.

Amadeo comprendió que esto era cierto, porque minutos más tarde, cuando Grant Maxallence le entregó de nuevo la llave, iba cargado con varias cámaras fotográficas. Amadeo puso la llave de la «suite» en su sitio, y acompañó a Grant hasta la calle, donde le entregó las del coche que señaló, estacionado frente al hotel.

—Hace un par de minutos que lo han traído.

—Ah, muy bien, estupendo. Sí, es grande. Bueno, supongo que tengo que firmar algo, o...

—No se preocupe, señor. El coche ha sido alquilado a nombre del hotel, cosa que hacemos con frecuencia. Esperamos que se considere usted bien servido, señor.

—Ya lo creo que sí —sonrió Grant.

Metió las cámaras fotográficas en el portarnaletas del coche, y, bien fresca en su memoria la dirección del consulado USA, en Santo Domingo, que había leído en el listín telefónico de su «suite», se dispuso a buscar la calle, sin recurrir al muy atento y servicial Amadeo, quien, por supuesto, tenía algo que ver con Marijuana Loperena. Así que ¡un cuerno le iba a decir lo que pensaba hacer aquella mañana!

Bajo las amables indicaciones de un par de guardias de tráfico, no tuvo problema alguno para encontrar el consulado norteamericano.

—¿Quién? —Alzó las cejas el sorprendido cónsul, mirando desconcertado a su secretario.

—Un tal Grant Maxallence, señor. Dice que es de vital importancia que le reciba usted personalmente.

—Pero ¿qué demonios quiere? ¡Estoy muy ocupado!

—Lo siento, señor. Puedo intentar convencerle de que me exponga el asunto a mí, pero...

—¿Qué?

—Bueno, yo diría que no es un sujeto fácil de convencer. De esos que salen en las películas que cuando les dicen que no se le puede recibir entra sin más donde sea, mascando chicle, y mirando las piernas de las secretarias.

—Está bien —se resignó Sinclair Talbot, el cónsul norteamericano—. Creo que será más práctico dedicar unos minutos a escuchar al señor Maxallence que discutir con él. Hágale pasar, Mike.

—Sí, señor.

El secretario salió del despacho privado de Sinclair Talbot, que quedó con el ceño fruncido. Era un hombre alto, de porte distinguido y rostro inteligente. De avanzada calvicie, el poco cabello que le quedaba era liso y rubio muy claro. Tenía pecas. Sus ojos eran de un azul muy claro, que en ocasiones parecían demasiado fríos. Pero Sinclair Talbot era un hombre cordial... Sí, muy cordial, pese a que estaba hasta la mismísima calva de atender los pequeños problemas de sus compatriotas de vacaciones en la isla.

Tan cordial que se puso de pie, sonriente, cuando apareció Grant Maxallence. Le tendió la mano por encima de la mesa.

—¿Qué tal, señor Maxallence? Soy Sinclair Talbot... Espero que sus problemas sean fáciles de solucionar.

—Yo también lo espero, señor —asintió Grant, estrechando la mano grande y fuerte de Talbot—. Bueno, en realidad no se trata de ningún problema, sino más bien de una cuestión de información.

—Ah... ¿Qué clase de información?

Mientras hacía la pregunta se sentó, indicando a Grant uno de

los sillones colocados ante su mesa. Grant también se sentó.

—Verá usted, he recibido una invitación a la fiesta del general Dionisio Valverde, y...

—¿De veras? —Se pasmó Talbot.

—¿Por qué se sorprende?

—Bueno, sin ánimo de molestarle, señor Maxallence, tengo entendido que va a ser un festejo un tanto... exclusivo. Quiero decir que prácticamente esa fiesta está reservada, como comprenderá, a personas relacionadas más o menos directamente con el general Valverde. ¿Debo entender que le conoce usted, que son amigos, tal vez?

—No conozco al general, ni a su distinguida hija —sonrió Grant—. En realidad, la invitación me la ha proporcionado un amigo que evidentemente está bien relacionado con los Valverde.

—Ya.

—Ha sido como una bonita atención, ¿verdad?

—Sin duda. Y tengo la certeza de que su amigo sabe lo que hace.

—Desde luego. Verá usted, señor, yo soy periodista y fotógrafo. Trabajo en una revista de nuestro país de mucha importancia, y supongo que es por eso que mi amigo me ha invitado. Deduzco que desea que tome algunas fotos y un... agradable reportaje de tan romántico festejo, con el loable propósito de agasajar el general al publicar el evento en Estados Unidos.

—Parece razonable —admitió Talbot—. Aunque, naturalmente, los cronistas de sociedad de Santo Domingo ya cubrirán adecuadamente ese reportaje. De todos modos, no me parece mala idea. ¿Quién es su amigo, señor Maxallence?

—Bueno, señor... —sonrió de nuevo Grant.

—Oh, sí, entiendo. Bien, de todos modos espero que no haya problemas de ninguna clase. ¿Qué información desea usted?

—A mí me parecería de muy mal gusto andar por la fiesta preguntando los nombres de los invitados, señor, y he pensado que quizá usted podría facilitarme una lista.

—¿Yo?

—¿Acaso no ha sido invitado?

—Naturalmente que sí —alzó la barbilla Talbot—, pero eso no significa que sepa quiénes son los demás invitados. Ciertamente, puedo suponerlo, pues conozco bien el círculo social y profesional

del general Valverde, pero no estoy al corriente de a quiénes ha decidido invitar y a quiénes no.

—Vaya... ¿Ni siquiera de los nuestros? Los norteamericanos, quiero decir. De momento me conformaría con una lista de los invitados norteamericanos. Y como mi amigo la desconoce, pensé que usted podría ayudarme. ¿Quizá no le parece correcto hacerlo, señor?

—No veo la incorrección por parte alguna. Lo que ocurre, simplemente, es que no conozco a todos nuestros invitados. Algunos no han llegado todavía a Santo Domingo... aunque es de esperar que lo harán en breve.

—En ese caso, tendré que conformarme con los nombres de los invitados que ya están aquí y que usted conoce. Espero que eso no le cause muchas molestias, señor.

—Ninguna. Mi secretario se ocupará de ello. ¿Alguna cosa más, señor Maxallence?

—De momento, no. Ha sido usted muy amable, gracias.

—No hay de qué. —Sinclair Talbot recurrió el intercomunicador—. ¿Mike?

—Diga, señor.

—El señor Maxallence se marcha ya. Atiéndale en su petición, por favor.

—Sí, señor. Tiene usted otra visita, señor.

—¿De quién se trata esta vez?

—De la señorita Valverde y del señor Vargas. Están esperando en un saloncito, señor.

—¡Que pasen inmediatamente! —cortó la comunicación, miró a Grant, y se puso en pie, tendiendo la mano—. Bueno, señor Maxallence, ya habrá oído que tengo otra visita esperando...

—Sí. Esa señorita Valverde ¿es la hija del general?

—No puede ser otra.

—Y el señor Vargas debe ser su futuro marido.

—Evidentemente. Permítame acompañarle...

Se habían estrechado ya la mano, y Talbot salió de detrás de su mesa, directo hacia la puerta, que abrió. Justo en ese momento su secretario se disponía a hacerlo desde el otro lado. Detrás de él, Grant vio a la joven pareja, y casi se atragantó. El tal Vargas era un atleta moreno, guapo a rabiar muy en plan viril, pero la muchacha

era un auténtico pasmo de belleza. Su cuerpo era sensacional, y su rostro de un bonito bronceado dorado parecía rodeado de la luz de unos cabellos cobrizos ondulados, increíbles. Era una mujer por la que se podían cometer locuras sin fin.

—Adiós, señor Maxallence —se despidió Talbot.

—¿Eh? —Le miró Grant, turulato.

—Mi secretario le atenderá ahora. Espero que todo esté bien.

—Ya lo creo que está bien —masculló Grant.

La pareja le miraba con sonriente curiosidad. Gabriela Valverde sonrió, mostrando una dentadura perfecta y sanísima, como la de Marijuana Loperena. Pasaron los dos por su lado, y el secretario cerró la puerta.

—Bien, señor Maxallence: ¿en qué puedo servirle?

—¿Puedo quedarme a vivir aquí?

—¿Quiere decir quedarse como residente en la República Dominicana?

—Toma, claro... ¡Hace falta ser bobo para marcharse de un lugar donde todas las chicas están como un portaaviones! ¿Se había dado usted cuenta, amigo?

—Más o menos —rió el secretario—. Bueno, ¿cuál es el asunto que finalmente debemos tratar usted y yo?

Cuando Grant Maxallence abandonó el consulado, Gabriela Valverde y Luis Ernesto Vargas seguían con Sinclair Talbot. Delante tenía su coche... lleno de chicas. Allá estaban, habían acudido, en efecto. Empezaron a saludarle agitando los brazos y riendo.

—¡Aquí estamos, señor Maxallence!

—Éste es su coche, ¿verdad?

—¿Vamos a ir de paseo?

Grant llegó sonriendo junto al vehículo. Lástima que las chicas iban ahora vestidas. Habría dado el golpe paseando por la ciudad con Las Caribeñas en plan actuación, bajada la capota...

—¡Anoche se portó usted muy mal! —exclamó una de ellas, la primera besarle en una mejilla.

—¡Pero nos bebimos todo el champán! —rió otra.

—¿No llevamos champán a la excursión? —preguntó otra.

—Bueno, bueno —pidió calma Grant—. Estamos causando un gran alboroto, nenas. Formalidad. Si queréis champán, iremos a comprar champán. Y unos prismáticos. ¿Sabéis dónde puedo

comprar unos buenos prismáticos?

—¿Piensa mirarnos de lejos?

Las seis estallaron en carcajadas. Grant sentía que se le iba disipando el malhumor por el fallo de su pequeño truco. Había conseguido una lista de invitados norteamericanos, cierto, pero sólo parcial. No estaban todos, se lo habían dicho bien claro... Y si no estaban todos ¿cómo demonios podía él intentar escoger uno de la lista que fuese «Pig»? Incluso era posible que ni siquiera hubiera llegado a Santo Domingo, que llegase de Estados Unidos...

En el momento en que se sentaba ante el volante del coche vio salir del consulado a Gabriela Valverde y Luis Ernesto Vargas, ella tomada dulcemente del brazo de él. ¡Vaya pareja fenómeno! Claro que si él se emparejaba con Marijuana Loperena iban a tirar de espaldas a medio mundo...

—¿Sabéis? —dijo—. ¡Me voy a quedar a vivir aquí!

Las Caribeñas volvieron a reír. Todos cuanto pasaban por allí las miraban, sonrientes. Grant comenzó a sentirse un poco incómodo, así que arrancó. Por el espejo retrovisor vio a la hermosa pareja metiéndose en un coche azul, reluciente...

—¡Primero compraremos champán! —decía una de las chicas—. ¡Y luego los prismáticos!

—De acuerdo, de acuerdo. Bueno, a ver, ¿cómo os llamáis? ¡Es hora de que vayamos conociéndonos de verdad!

—Dedé.

—Mimí.

—Lulú.

—Tití.

—Rirí.

—Melé.

El pasmo de Grant no puede ser descrito. Ni las risas de Las Caribeñas, que comenzaron a alborotarle la cabellera. Grant Maxallence pensó que si alguna vez había tenido tentaciones de ser racista, había llegado el momento de abandonar esas tentaciones.

CAPÍTULO VI

—¿Seguro que ésa es la finca del general Valverde? —preguntó Grant.

—¡Claro que sí! —aseguró Dedé. ¿O era Melé?

—¿Por qué has querido venir aquí? —preguntó Lulú. ¿O era Tití?

—¡Vaya una pregunta! —exclamó Grant—. ¡Unas chicas tan listas como vosotras deberíais haberlo comprendido enseguida!

Se quedaron mirándole desconcertadas.

—¿Qué es lo que teníamos que haber comprendido? —preguntó Lulú. Seguro: Lulú.

—Vamos a ver: ¿dónde estamos?

—¡En Montecariño! —exclamaron a la vez Las Caribeñas—. ¿Y acaso no sois vosotras mis cariños?

Más risas.

—¡Eres muy simpático! —decidió de una vez por todas Tití.

—¿Cuándo empezamos a desnudarnos? —preguntó Rirí. ¿O Mimí?

—Cuando queráis, pichoncitas mías. Y destapad esas botellas... ¡Vamos a organizar una juerga en Montecariño por todo lo alto! Yo voy a preparar las cosas.

Se acercó al coche, alzó la tapa del maletero, y tomó los prismáticos. Desde allí mismo, bajo la sombra del grupito de pinos donde había colocado el coche, miró de nuevo hacia la finca del general Dionisio Valverde, seguro de que los lentes de los prismáticos no reflejarían luz alguna hacia la propiedad.

Estaban precisamente en Montecariño, donde había muchos pinos y arbustos, pero ninguna casa. La zona residencial se extendía alrededor del monte, desde el cual se dominaba una gran extensión

de terreno surcado por estrechos caminos que conducían a las hermosas casas construidas muy separadas unas de otras. Hacia el Sur se veía Santo Domingo como envuelto en una ligera bruma azul que parecía prolongación del mar hacia tierra adentro.

Sordo a las risas de las Caribeñas y a los taponazos de los descorches, Grant Maxallence, serio ahora, miraba con suma atención hacia la propiedad de los Valverde. La casa estaba prácticamente en el centro, rodeada de pinos y arbustos floridos de vivo colorido. Vio la piscina, dos pistas de tenis, y, algo alejado de la casa, un pabellón que debía ser el garaje, o quizá una cuadra. Sí, debía ser una cuadra. Y quizá también garaje en una de sus mitades. Había dos hombres allí, conversando. Algo más cerca de la casa vio otro hombre. Un poco más allá, detrás de las pistas de tenis, otro más... Y dos más, cerca de las verjas de la entrada. Verjas de altas lanzas que parecían rodear toda la propiedad...

«Maldita sea mi estampa... ¿Cómo demonios salgo yo de ahí después de matar a un hombre? ¿Cómo? ¡Como no sea volando...! Si de día veo a todos éstos, seguro que esta noche habrá muchos más. Y por supuesto, todos armados. Estarán escondidos entre los pinos, nadie los verá... pero estarán allí. Si lo sé, no vengo a echar este vistazo, porque todo lo que he conseguido ha sido acojonarme. De ahí no salen ni los ángeles, si esos tipos no quieren... ¡Maldita sea la

C. I. A.!

¿Quién se han creído que soy? ¿Superman? Desde aquí se ve todo muy bonito, pero cuando esta noche entre ahí tendré la sensación de estar en una ratonera... ¡Ya está, tengo una idea colosal!; me largo de esta isla ahora mismo, y que la

C. I. A.

se las arregle como pueda... Tienen cientos de tipos capaces de hacer esto mejor que yo, ¿no es cierto? Para eso los entrenan... ¡Pues que lo hagan ellos! Al demonio “Pig” y su puta madre...»

—¡Grant! ¡Ven a beber!

—¡Un momento, cariños! —graznó.

Loco. Loco de remate había que estar para meterse allí dispuesto a eliminar a un sujeto, por muy cerdo que éste fuese... De pronto, Grant recordó el coche azul que durante una buena parte del trayecto les había estado siguiendo. Estaba seguro de que era el

coche en el que había visto entrar a Gabriela Valverde y a su novio, el guapo y rico Luis Ernesto Vargas. Y también estaba seguro de que le habían estado siguiendo...

«—Pero no —se dijo—... Simplemente, ellos venían hacia la finca, claro. Y han debido llegar mientras nosotros subíamos aquí, por eso no los veo. ¿Por qué habrían de seguirme esa pareja de tortolitas? ¡Ni siquiera saben quién soy! Pero Se llevarán una sorpresa cuando me vean esta noche en la fiesta... si es que voy, porque yo no estoy loco».

Dejó los prismáticos dentro del maletero, y tomó una de las cámaras fotográficas.

Las chicas estaban todas completamente desnudas, alborotando, hermosos pájaros escandalosos al sol de la mañana... Desde allí mismo, Grant Maxallence comenzó a tirar fotografías. Una de las chicas se dio cuenta, y lo señaló. Hubo un instante de desconcierto, pero enseguida todas comenzaron a bailar y a hacer muecas, sin dejar de reír. Una de ellas comenzó a echarse champán entre los pechos; pareció que lloviese oro.

«¡Menudo reportaje! Si yo fuese un tío listo me quedaba con Las Caribeñas y me olvidaba de “Pig”... ¡Mal rayo lo abraze!».

—¡Grant, ven a beber!

Se acercó, tomando unas cuantas fotografías más. Luego bebió directamente de una botella, como hacían las chicas. Una de ellas le quitó la cámara, riendo.

—¡Ahora te vamos a fotografiar a ti! —exclamó.

Grant Maxallence sacando la lengua;

clic-clac,

foto. Grant Maxallence bebiendo:

clic-clac,

foto. Grant Maxallence besando a una de las chicas:

clic-clac,

foto. Grant Maxallence abrazando a dos de las chicas:

clic-clac,

foto. Grant Maxallence bebiendo champán entre los pechos de las chicas:

clic-clac,

foto. Grant Maxallence y dos de las chicas en un triple beso bucal:

cliclac, foto. Grant Maxallence señalando los pechos de una de las

chicas:
clic-clac,
foto. Grant Maxallence apretujado entre las cinco chicas, con cara de pedir socorro:
clic-clac,
foto. Grant Maxallence besando los pechos a una de las chicas:
clic-clac,
foto...

—¡Demonios, ya basta! —aulló Grant Maxallence—. ¡Soy yo quien os tiene que fotografiar a vosotras!

Comenzó a tirar fotos. Chicas solas, por parejas, por tríos, el grupo de las seis, desnudas, sólo con braguitas, bailando, tirando besos, en poses provocativas, en poses románticas, en poses ingenuas, subidas a los pinos, tendidas en el suelo, a sol y a contrasol, saludando o distraídas, con botellas y sin botellas, calzadas y descalzas, con sólo la blusa mojada de champán, con una blusa utilizada como bufanda, bebiendo champán en un zapato...

Clic-clac,
clic-clac,
clic-clac,
clic clac...

Y de pronto, dentro del cuadro de enfoque, la sorpresa.

La gran sorpresa, allá al fondo.

Una de las chicas estaba de puntillas, preciosa, alzándose los pechos con ambas manos, tirando un beso apocalíptico...

Clic-clac.

—No te muevas de ahí —pidió Grant—. ¡Voy a hacerte otra parecida!

La chica cambió de postura, llevándose ahora las manos a la nuca, haciendo subir los magníficos pechos... ¡La gran juerga en Montecariño!

Pero, efectivamente, en el recuadro de enfoque Grant volvió a ver el rostro del hombre, asomando apenas por detrás de uno de los pinos, a unos treinta metros. Miraba a las chicas, muy abiertos los ojos. Pero no era un casual mirón cualquiera, no... No.

Grant tomó la fotografía.

—No os vistáis todavía: voy a buscar otra carga de película al coche.

Se dirigió tranquilamente hacia el coche, y se colocó de tal modo que el vehículo le ocultaba a las posibles miradas del hombre escondido tras un pino. De debajo de la manta de viaje, que por cierto, Grant llamaba siempre la «manta-polvera», sacó la funda con la pistola. Retiró esta de la fuñida, se encogió, y se alejó del coche en dirección opuesta a las chicas, bajando rápidamente por la ladera, en silencio.

En menos de dos minutos, rodeando aquella parte de Montecariño, estaba detrás del hombre, que seguía absorto en la contemplación de las chicas. El condenado tenía buen gusto, eso sí.

Se le acercó sigilosamente por detrás, y cuando estuvo a unos cinco metros, dijo:

—Hola, Osvaldo, cariño.

El hombre se estremeció, quedando en el acto inmóvil.

Las risas de Las Caribeñas llegaban hasta allí como cantos de alegres pájaros.

—Pon las manos sobre la cabeza, incorpórate, y vuélvete, por ese orden —dijo Grant—. Ah, tengo una pistola, mírala.

Osvaldo Fuentes, cuyo rostro había muy bien identificado antes Grant, se volvió hacia éste. Se pasó la lengua por los labios.

—Están buenas Las Caribeñas, ¿eh? —sonrió Grant. ¿Quieres que te las presente? Yo no podría con las seis, pero si tú me ayudas... ¡la gran juerga en Montecariño! ¿Qué te parece?

—No dispare, señor Maxallence.

—Claro que no, hombre. Dime: ¿nos has estado siguiendo?

—Sí... Claro.

—Claro. O sea, que tienes coche, escondido por aquí.

—Sí...

—Muy bien, hombre, muy bien —se le acercó mansurronamente Grant, sonriendo con exquisita amabilidad—. ¡Pero que muy bien! ¿Y qué? ¿Poniéndote en forma viendo a mis chicas? Están buenas, ¿eh?

—Sí... Sí, señor —intentó sonreír Osvaldo—. Están muy buenas.

—Y tú te has puesto... en marcha, ¿eh?

—Hombre...

—¿Sabes, Osvaldo?, ¡eres un cochino!

Y diciendo esto, sin inmutarse por lo demás, Grant Maxallence disparó su pierna derecha. El pie se hundió brutalmente entre las

ingles de Osvaldo Fuentes, que respingó, palideció, desorbitó los ojos mientras saltaba bajo el impacto de la bestial patada, y cayó hecho un ovillo a los pies de Grant Maxallence, que dijo:

—Apuesto a que ya no estás en forma, Osvaldito.

Guardó la pistola en un bolsillo, fue hacia su coche, sacó la funda de debajo de la manta, se la puso en la axila, se puso la chaqueta, y se acercó a Las Caribeñas.

—¡Eh, cariños! ¡Fin de la fiesta!

—¡Oh, no! —protestó una de ellas.

—¡No, no, no! —protestaron las demás.

—Que sí. Venga, vestiros y meteros en el coche... —¡Queremos ser tuyas!— rió Mimí o Lulú.

—De acuerdo, pero no aquí. A mí me gusta mucho el confort, para estas cosas. Escuchad, sed buenas chicas: subid al coche, volved a la ciudad, y esperadme en mi «suite». ¿De acuerdo?

—¿Vas a quedarte aquí?

La sorpresa de las muchachas era lógica sin discusión, pero Grant Maxallence tenía sus propios planes.

—Sí. Voy a dedicar unos minutos a la Meditación Trascendental, a solas... ¡Es lo que me pone más en forma! ¡Ya veréis cuando nos encontremos en mi «suite»!

Hubo algunas risas, pero Rirí preguntó:

—¿Y cómo volverás? Si nos llevamos el coche...

—Tranquilas. Soy el hombre de los mil recursos. ¡Jolines, no discutáis más y marcharos! Y comprad más champán... ¡Hijitas, cómo bebéis! Hale, hale, vestiros y marcharos... ¡Moved esos culos, digo!

Tres minutos más tarde, y por supuesto no muy convencidas, las chicas, rápidamente vestidas, emprendían el regreso a Santo Domingo. Grant regresó adonde había pateado a Osvaldo Fuentes, que seguía desvanecido. Se sentó en el suelo cerca de él, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar.

Osvaldo Fuentes sé recuperó unos minutos más tarde. Y nada más ver la sonrisa de Grant Maxallence comprendió que la juerga había terminado.

—¡Hola! —saludó alegremente Grant, mostrando la botella de champán—. ¡Vengo en plan de juerga, amor mío!

Marijuana Loperena se quedó mirándolo un instante con el ceño

fruncido. Luego, se apartó de la puerta de su apartamento.

—Pase. No tiene por qué armar escándalo.

Grant entró, llevándose un dedo a los labios, y diciendo:

—¡Ssssst! ¡Llega el amante misterioso! ¡Que nadie se entere de que vamos a echar un polvo!

Marijuana terminó de cerrar la puerta, y lo miró ahora con clara hostilidad.

—No me gustan sus modales, señor Maxallence.

—Ni a mí los tuyos. Me gustaban más anoche, cuando casi te ofreciste desnudita. Quiero decir cuando te ofreciste casi desnudita. ¿O es al revés? ¿Te has dado cuenta de que a veces con las mismas palabras las frases pueden tener un significado distinto?

—¿Qué quiere usted? Iba a salir a almorzar ahora mismo.

—Bueno, pero antes tomaremos el aperitivo, ¿eh? Con champán, naturalmente. ¡Yo soy un refinado! Oye: ¿tienes escondido a otro amante en el salón?

—Claro que no.

—Entonces, vamos allá. —Grant le pasó un brazo por los hombros, y dirigió la marcha por el pasillo—. Loperena, te voy a decir un secreto: estoy loco por ti. Hablo en serio, de veras. Mira, si hubiese querido estaría ahora encamado con seis tías buenas de verdad. Pero aquí me tienes, fiel y rendido enamorado. De verdad: no consigo dejar de pensar en ti.

—Peor para usted.

Habían llegado al salón. Marijuana se desprendió del brazo de Grant, pero no consiguió alejarse de éste ni un paso, pues de pronto Grant la agarró rudamente por los cabellos, retorciéndolos de modo que forzó a la muchacha a ladear la cabeza.

—¡Me hace daño! ¿Se ha vuelto loco?

Grant alzó la botella de champán ante el rostro de ella.

—Por Dios que eres hermosa —masculó—... Y te lo digo en serio, Marijuana: me he enamorado de ti. Pero soy un tipo con muy mala uva, y aunque se me desgarran las entrañas, te voy a partir la cara con esta botella si no hablamos claro. ¿De acuerdo?

—Pero... no sé... no sé de qué habla usted...

—Marileches: que te la estás buscando.

—¡Me está haciendo daño!

—Más me duele mi corazón —dijo teatralmente Grant—: por el

daño que te estoy haciendo... y por el montón de malditas mentiras que me has endosado. Elije: ¿te parto la botella en la cara o hablamos en serio? Piénsalo bien, Marileches. Te llamo Marileches porque se ha terminado el cuento, chiquita, preciosa, bellísima, estimulante Dominique Dufresne de la bella Haití. ¿Está claro?

—Sí... Sí. Por favor, suélteme.

Grant Maxallence se quedó mirando la boca de Marijuana. La atrajo, y la besó, despacio, profundamente, suavemente, largamente. Cuando la apartó, susurró:

—Es por si tengo que matarte llevarme de ti el último, hermoso e inolvidable recuerdo. Ahora, sentémonos y hablemos —la soltó y la empujó hacia un sillón—. ¿Quieres champán?

—No —casi sollozó Marijuana—... ¡Bestia!

Grant se quedó mirándola fijamente. Luego, se sentó ante ella, descorchó la botella, y bebió un trago. Marijuana le miraba con los ojos muy abiertos.

—Acabo de llegar de Montecariño —deslizó Grant—, donde he tomado fotografías de Las Caribeñas. Seguro que me darán el Premio Pulitzer por ese reportaje. También me he encontrado allí con un antiguo amigo. Le he metido una patada en los cojones que se puede decir que hemos saldado la deuda —se tocó el chichón—. ¿Comprendes?

—¿Ha... visto a Osvaldo Fuentes?

—Así es. En cuanto ha despertado el muchacho se ha dado cuenta, con admirable perspicacia, de que le iba a dar otra patada, o muchas más, en el mismo sitio, si no se mostraba comunicativo. Así que se ha mostrado comunicativo. ¿Qué dirías que me ha contado?

—No sé.

—¿No? Bueno, pues me ha contado que cuando nos disparó ayer por la mañana lo hizo por orden tuya, que fuiste tú quien le avisó cuando por la noche yo subí a buscarlo, y que has sido tú quien le ha encargado que esta mañana me siguiera fuese adonde fuese.

—¿Y no te ha dicho que le instruí bien claramente en el sentido de que cuando disparase contra ti debía asegurarse de que no te iba a acertar?

—Sí, lo ha dicho, pero no me lo he creído, claro.

—Pues es cierto.

—Marileches, que me estás cabreando...

—¡Te digo que es cierto! Sólo queríamos saber qué clase de hombre eres. Queríamos asegurarnos de que no te acobardabas fácilmente, y que no eras fácil de manejar por nadie... Por eso mismo yo me quité la blusa en el taxi, y te enseñé los pechos.

Grant entornó los párpados.

—¿Quieres decir que si yo me hubiese tirado sobre ti como un tonto maniaco sexual me habríais... rechazado para el trabajo?

—Sí. Y también queríamos saber que no te asustaban unas cuantas balas. Ahora ya estamos seguros de que eres el hombre adecuado, de que no te acobardas por nada, de que una mujer no te vuelve tonto... de que matarás a «Pig» sea como sea y cuando sea. ¿Lo harás?

—¿Tengo que creer todo este cuento chino?

—No es un cuento chino. Te estoy diciendo la verdad ahora. Y si te seguíamos, tanto anoche Renato y yo como Osvaldo esta mañana, era para protegerte, por si surgía alguna... dificultad.

—Ya. ¿Y qué? ¿Ha surgido alguna dificultad?

—No. Todo está bien, nadie se ha fijado en ti de modo que nos parezca peligroso. Te hemos estado... protegiendo en todo momento.

—Muy amables, Así que tengo vía libre, ¿eh?

—Sí. Esta noche podrás matar a «Pig».

—Me gustaría antes aclarar algunos puntos, amor mío. Tú no eres dominicana, sino haitiana, y tu verdadero nombre es Dominique Difresne. ¿Cierto?

—Sí.

—Entonces explícame eso de Marileches Loperena. ¿Qué demonios pretendías haciéndote pasar por dominicana? ¿Trabajas para el servicio secreto haitiano?

—No. Soy simplemente una ciudadana haitiana. Vivo en Portau-Prince, con mi madre.

—Enter necedor. ¿No eres una espía, pues?

—¡Claro que no! Solamente estoy aquí para... para ayudar a una persona a la que estimo mucho. Esa persona es la que oyó la conversación entre el general Valverde y los generales Fernández y Duarte, en el despacho de Valverde, y me avisó. Convinimos en que si avisábamos a las autoridades de aquí, o al servicio secreto, el

general Valverde lo iba a pasar muy mal, así que... inventamos el truco de utilizar a la

C I A.,

para que matase a «Pig» y todo este asunto no siguiera adelante comprometiendo inevitablemente al general Valverde.

—El general Valverde se ha comprometido él sólo al aceptar servir de anfitrión en la entrevista entre «Pig» y esos dos generales sudamericanos, ¿no te parece? Y sigo preguntándome por qué lo ha hecho.

—Bueno, ellos... los generales Duarte y Fernández le... extorsionaron, le obligaron. Si el general Valverde no les ayudaba, ellos harían saber a la prensa que hace unos años, en Katanga, el general Valverde estuvo... como asesor, como... consejero de un contingente de... de mercenarios...

—La madre que lo parió.

—¡Todos tenemos cosas que ocultar en nuestras vidas!

—Sí, eso es cierto. Bueno, muy bien, esos dos generales fueron a ver al general Valverde, y le amenazaron con revelar esa parte de su pasado si no les servía de anfitrión y, naturalmente, mantenía la boca cerrada. Pero, alguien escuchó la conversación... ¿De qué modo, cómo lo consiguió?

—Bueno, esa persona estaba... en la biblioteca de la casa del general Valverde, que... que comunica con el despacho por una puerta.

—Entiendo. Y se enteró de todo. Y esa persona, asusta da, recurrió a ti. ¿Por qué a ti? ¿Qué tienes tú de especial? Acabas de decirme que eres una ciudadana normal de Haití, una chica encantadora que vive con su mamá... ¿Por qué recurrir a ti?

—¡Porque no quería que nadie de aquí llegase a saber nada nunca, y sólo podía confiar en mí! Así que... me llamó, se confió a mí, y... Bueno, buscamos... una solución, y a mí... se me ocurrió la que ya conoces.

—¿Y el tal Osvaldo Fuentes, y el tal Renato?

—Son amigos míos de toda confianza.

—Haitianos. Sí, sí. Saben que hay que eliminar a «Pig», pero no saben la verdad sobre el general Valverde.

—¿Desconfías de ellos?

—¡No! Pero es mejor que no sepan nada... quiero decir, de lo

del general Valverde.

—Está bien. Bueno: ¿quién es la persona que oyó la conversación entre los tres generales?

—No... no...

—Marileches...

—¡No puedo decírtelo, no puedo, no puedo...! Ya te he dicho demasiado, ahora la

C. I. A.

sabe lo del gen...

—¡A la mierda la

C. I. A.!

—¿Qué... qué...?

—Escucha, nos hemos reunido una pandilla de los idiotas más grandes del mundo: tú, yo, Renato, Osvaldo, y presumo que el conserje Amadeo, para hacer un trabajo que se presenta superior a nuestras fuerzas. Matar a «Pig», si llego a saber quién es, será fácil: sólo hay que meterle una bala en el corazón, y a fe que lo haría muy a gusto, por criminal y cabrón. Sí señor, te juro que mataría con muchísimo gusto a ese cerdo. Pero... ¿cómo salgo luego de la finca del general Valverde?

—Bueno, la

C. I. A.

debe haber pensado el modo de...

—¡Y dale con la

C. I. A.!

Cariño, yo no pertenezco a la

C. I. A.

Te diré lo que pasó, y ya verás qué risa. Yo estaba tan ricamente en Boston, divirtiéndome de lo lindo con mis amigos y amigas cuando a uno de esos amigos le cortaron el resuello. ¿Comprendes? No, ya veo que no. Quiero decir que se lo cargaron. Y como resulta que tanto el amigo al que se cargaron, como yo, y como nuestras amiguitas, somos gentes libre vivir... Tampoco entiendes esto, ¿verdad?

—Creo... que no demasiado.

—Quiero decir que somos unos golfos, unos aventureros. Hoy aquí, mañana allí, hoy estafo a tal, mañana a cual... De veras: soy un pillastre de los grandes, y no es fácil que a mí se me arrugue el

ombbligo. Pero de eso a asesinar a un amigo...

—¿Te acusaron de eso?

—Sí. Y te diré otra cosa: todo estaba tan bien montado que hasta yo empezaba a creer que había sido el asesino. En éstas, y cuando ya veía muy negro mi porvenir, me visita un tipo en la cárcel, me dice que saben quién soy, cómo soy, y que, en definitiva, soy el tipo adecuado para hacer una cosita en el Caribe. Y me hacen una oferta de lo más interesan te: si hago el trabajo simulando ser de la

C. I. A.,

pero escurriendo el bulto si las cosas se ponen mal, me dan unos cuantos dólares, un pasaporte, y me colocan en Río de Janeiro o así. Si las cosas me salen mal y me matan, pues... me prometieron sus oraciones por mí alma.

—¡Y aceptaste!

—Coño, estoy aquí, ¿no? —Gruñó Grant. ¿Qué querías que hiciera? ¿Pudirme en la cárcel el resto de mi vida?

—Oh, Dios mío, entonces la

C. I. A.

nos ha engañado a todos, tú no estás preparado para esto...

—Oye, sin menospreciar. Ya te digo que a un tipo como ese «Pig» me lo cargo gratis. Es un hijoputa que está dispuesto a que en dos países haya muertes a cientos o miles con tal de conseguir sus propósitos, ¿te das cuenta? ¡Vaya si me lo cargo gratis...! Pero ¿cómo salgo luego de la finca? He visto vigilantes, y seguro que esta noche habrá muchos más. ¡Como no me convierta en Superman o en uno de esos cohetes de los fuegos artificiales que estaban preparando! Y otra cosa: ¿por qué demonios no puedo saber quién te pasó el informe, quién te pidió ayuda a ti? ¿Es alguien de la casa del general?

—No puedo decírtelo, Grant.

—O sea, que tengo que jugarme el pellejo por culpa de un asesinato que no cometí, en beneficio de un general al que no siquiera conozco, y ayudando a otra persona cuyo nombre no quieres decirme. ¡Al cuerno todos! ¡Y que te aproveche el champán!

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Marijuana se puso también de pie.

—¡Grant!

—¿Qué pasa ahora?

—No puedes... abandonarnos a todos ahora... ¡Tienes que hacerlo!

—¿Ah, sí? Bueno, escucha lo que voy a hacer, chica lista, ahora me voy a mí hotel, a retozar con Las Caribeñas, que están más que locas por mí. A la noche, me vestiré de etiqueta como si fuera a ir a la fiesta en Montecariño, pero lo que haré será largarme en una lancha o como sea bien lejos de aquí. A las Pequeñas Antillas, a Jamaica, al demonio, ¡pero bien lejos de aquí! Ya estoy harto de que me hagáis ir como un muñeco de un lado a otro, dándome sustos, vigilándome, diciendo lo que tengo que hacer... ¡Al huevo todos! Así que ¡hasta nunca, amor de mi vida! Ah, otra cosa, cariño: si quieres chivarte a la

C. I. A.

de que pongo pies en polvorosa, utiliza esto —sacó el paquete de cigarrillos con la pequeña radio dentro, y lo tiró al pecho de Marijuana. Es una radio. Botón verde hace contacto, botón rojo lo interrumpe. Diles que Grant Maxallence les hace un corte de mangas y que si quieren retenerme aquí qué no olviden que tengo una pistola. ¿Está claro?

—Pero... ¿quién matará a «Pig»?

—Que lo mate la

C. I. A...

O tú. O esa persona que te dio el chivatazo.

—Nosotros no somos capaces de hacerlo... ¡Y la

C. I. A.

no querrá, «Pig» se va a escapar!

—Eso sí lo lamento, ¿ves? Como lamento más que nunca, que no volveré a verte, pero...

—Grant: yo también te quiero.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¡Pero qué te parece...! ¿No es romántico y emocionante? Anoche me pones como un tonto en el pasillo, hoy me amas. Chocante, mi amor. Pero vaya, como soy un engreído, puedo llegar a creérmelo. Y dime: ¿cuánto, cuantísimo me quieres, cómo me lo vas a demostrar, qué harías por mí y para demostrarme tu amor?

Marijuana Loperena se acercó lentamente a Grant Maxallence, se colgó de su cuello, aplastando su turgente pecho contra el de él, que

notó rígido, tenso, y le besó en la boca...

Así fue como Grant Maxallence supo, por fin, a sus casi treinta añitos, lo que era recibir un beso de verdad. Se le erizó el vello de todo el cuerpo, la cabeza le dio vueltas, mil escalofríos subieron y bajaron por su espalda... Era un beso que valía por mil de los recibidos hasta entonces en su larga vida de golfo simpático.

Pero la vida está llena de desagradecimiento, el mundo rebosante de desagradecidos. Seguramente fue por eso que cuando Marijuana Loperena se apartó de él, Grant Maxallence, tras aspirar hondo, le clavó en la mejilla tal bofetada que la muchacha cayó sentada al suelo tres metros más allá, revuelta la cabellera, al aire sus fastuosas piernas, desorbitados los ojos.

—Ahora estamos en paz por lo de los tiros para ver si tengo o no tengo narices —jadeó Grant—. Y por lo de querer tomarme el pelo. Te enviaré una postal desde Jamaica.

Dio la vuelta, y salió del saloncito. Pero reapareció en y las tiró hacia la muchacha, que las tomó respingando. Enseguida, sacó unas llaves del bolsillo.

—Son las del coche de Osvaldito, que lo he dejado delante de la puerta. Osvaldito está en el maletero. Al huevo todos.

Cuando entro en su «suite» del Hotel Bohío Las Caribeñas le estaban esperando con más champán, y corrieron hacia él, riendo como siempre, alborozadas todas de nuevo desnudas.

Grant Maxallence alzó las manos pidiendo tregua, y dijo:

—Chicas, he estado pensando en vosotras, y voy a hacer os una proposición que os van a saltar los botones del sujetador...

CAPÍTULO VII

—Nosotros no podremos hacerlo —dijo Renato.

—¡Tenemos que hacerlo! —Casi gimió Marijuana.

Renato, es decir, por correcto nombre René, echó un vistazo alrededor. Estaban en el jardín de la finca de los Valverde, donde la fiesta comenzaba a animarse. A un lado, estaban estacionados los coches de los invitados que ya habían llegado, muy bien colocados por dos de los criados de la casa. Cerca de ellos, la larga mesa donde se servían bebidas. En la entrada al jardín, el general Dionisio Valverde, de paisano, tenía junto a él a su encantadora hija Gabriela y al muy apuesto Luis Ernesto Vargas, recibiendo los tres a los invitados conforme iban llegando.

Los invitados conversaban por toda la zona cercana a la piscina, tomando sus copas, riendo, todos de excelente humor. Hermosas damas enojadas, elegantes caballeros, criados de un lado a otro ofreciendo bebidas y canapés en rutilantes bandejas. Al fondo, una orquesta ofrecía música va riada, ligera, alegre. El general peruano Carmelo Duarte había llegado ya, pero no el colombiano Héctor Fernández. El cónsul norteamericano, Sinclair Talbot departía con unos compatriotas expresamente llegados de Estados Unidos invitados por su buen amigo el general Valverde. Amistades personales. Sin la menor duda el general Valverde era un hombre muy bien relacionado dentro y fuera de su país.

Las conversaciones formaban como un rumor alegre y continuo. De cuando en cuando se oía alguna risa. Todo iba viento en popa.

Pero no para Renato, que finalmente, movió la cabeza.

—Dominique, no nos engañemos —murmuró—. Ni tú ni yo, ni mucho menos Osvaldo, somos capaces de hacerlo. Mira, Osvaldo y yo te hemos ayudado como hemos podido, pero...

—Tú mismo dijiste que tendríamos que hacerlo nosotros cuando te pareció, en el Hotel Bohío, que Grant Maxallence era un pobre tonto incapaz de hacer nada serio. ¡Lo dijiste!

—¡Sé que lo dije, pero no podría hacerlo! No sé, estaba irritado por las tonterías de tu amado yanqui... Dominique, de verdad: ¿nos ves a Osvaldo o a mí matando a un hombre fríamente? Seamos razonables.

—Pues lo haré yo —jadeó Marijuana.

—Vamos, no digas tonterías —respingó Renato—. Escucha, todo lo que tienes que hacer es preguntarle a la persona que te informó del asunto respecto a quién de los invitados pertenece al servicio secreto dominicano, y le dices a ese hombre lo que pasa, y que ellos se encarguen de la parte final...

—¡No puedo hacer eso! Si lo hago, nada habrá servido de nada, y el general Valverde... Bueno, hay cosas de él que de ninguna manera deben trascender.

—No seas ingenua. Me apostaría las manos a que el servicio secreto dominicano sabe todo cuanto hay que saber sobre su general Valverde. Pero como es un hombre útil e importante, no le han molestado. ¿Por qué habrían de molestarle en el futuro?

—¡Pero quizá se enterarían otras personas, de un modo u otro...! Renato: tenemos que hacerlo nosotros.

—Querida, lo siento, pero... ¡Atiza!

—¿Qué?

Renato movió la barbilla hacia el general Valverde y su hija, y Marijuana miró una vez más hacia allí. Apenas pudo contener una exclamación. Se quedó mirando primero incrédulamente y luego con súbita alegría al invitado que en aquel momento estaba saludando a los anfitriones.

—Ha venido... ¡Ha venido! ¡Eso quiere decir que está dispuesto a hacerlo, dijo que lo haría gratis...!

—Yo no me fiaría demasiado de ese tipo —gruñó Renato.

Más allá, vestido impecablemente de esmoquin de blanca chaqueta, Grant Maxallence se inclinaba con elegante gesto sobre la mano de Gabriela Valverde, diciendo:

—En realidad, señorita Valverde, no sé cómo he podido venir. Casi estoy muerto.

Se quedaron mirándolo estupefactos los tres.

—¿Muerto, señor... señor...?

—Maxallence. Grant Maxallence. Nos conocimos en el antedespacho del señor Talbot, esta mañana.

—Oh, sí. Lo recuerdo, es cierto...

—Yo también —sonrió Vargas—. Cuando salimos lo vimos a usted en un coche descapotable muy bien acompañado.

—Pero menos que usted, señor —le miró Grant—. Y de ahí viene mi estado moribundo, por culpa de usted. Me estoy muriendo de envidia. Dígame, señor Vargas: ¿realmente se ha dado usted cuenta de la encantadora dama que la maravillosa vida ha puesto en su camino? ¡Porque si no es así, avíseme!

Gabriela se echó a reír.

—¡Es usted muy simpático, señor Maxallence! Espero que se divierta muchísimo.

—Yo también lo espero. Y por si luego no puedo acercarme a ustedes, reciban mi envidiosa felicitación.

Gabriela volvió a reír. Grant sonrió, efectuó un par de cabezadas hacia el general y su futuro yerno, y se dirigió en busca de una copa.

—Simpático sujeto, en efecto —admitió el general—. Pero... ¿quién es?

—¿Cómo que quién es? —se sorprendió Vargas—. ¿No lo ha invitado usted?

—¿Yo? Claro que no. Jamás en mi vida lo había visto. Así que debes haberlo invitado tú, Gabriela.

—No —negó la muchacha—. Supongo que habrá conseguido la invitación por medio del señor Talbot... Oh, ahí llega el general Fernández.

Frente a la mesa donde se servían las bebidas, ya copa en mano, Grant Maxallence miraba precisamente hacia el recién llegado.

—Ése es el general Fernández —oyó junto a él.

Miró de reojo a Marijuana, que intentaba sonreírle. Luego miró a Renato, que algo más lejos le contemplaba expectante.

—Pues qué bien —masculló—. ¿Y el otro?

—El general Duarte está en aquel grupo muy cerca de la piscina. Hay dos damas de cierta edad. ¿Lo ves?

—Lo veo. Soy tonto, pero no ciego.

—Oh, Grant, no eres tonto, sabes muy bien que...

—Estás muy guapa, condenada.

—¡Tú también! —rió nerviosamente Marijuana.

—Pues nada, los dos estamos guapísimos. ¿Puedo pedirte un pequeño favor?

—¡Claro que sí!

—Okay. Cuando encuentren mi cadáver ensangrentado derrama aunque sólo sea un par de lagrimitas. Por cortesía, ¿comprendes? Y hablando de otra cosa: ¿avisaste a la C. I. A.

de mi... desertión?

—No. Pensé... Bueno... Después de todo lo que me contaste pensé que si podías escapar no sería yo quien... te perjudicase.

—Caramba, ¡esto es amor! ¿Eh?

—Aunque no quieras creerlo, sí.

Se miraron fijamente unos segundos. Luego, Grant se quedó mirando el contenido de la copa.

—Conoces mi coche, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Éstas son las llaves —se las pasó con discreto gesto—. En cuanto te sea posible ve allá, abre el maletero como si el coche fuese tuyo, y alza una manta de viaje que verás allá. Encontrarás un paquete que parece contener una caja de bombones. Lo agarras, te metes por el jardín, y yo te seguiré. Ten cuidado: la pistola está en la caja de bombones. ¿Te pido demasiado?

—No. Lo haré.

—Qué bien... ¡Eres muy valiente y arriesgada, Marileches!

—Grant, todo lo que te dije es cierto: te amo.

—¡Oh, amor mío, me haces el hombre más feliz del mundo!

Y dicho esto con tono no poco sarcástico, Grant Maxallence se alejó de Marijuana Loperena, en dirección al grupo donde departía el cónsul Sinclair Talbot. Éste lo vio venir, y alzó las cejas, pero enseguida sonrió.

—Encantadora fiesta, señor —llegó diciendo Maxallence.

—Sin duda, señor Maxallence. Espero que todo le vaya muy bien... y que sea discreto.

—No se preocupe.

—¿Qué ha querido decir usted, Sinclair? —preguntó una de las damas que formaban parte del grupito.

—El señor Talbot teme que cometa una indiscreción, pues soy periodista —sonrió Grant—. Grant Maxallence, para servir a todos ustedes.

—Es usted muy amable, joven. ¿Periodista?

—Y fotógrafo. —Grant se dio una palmadita en la axila izquierda—: tengo aquí una cámara fotográfica que hace milagros. Puede fotografiar a un negro en la oscuridad... aunque tenga cerrados los ojos.

Las damas rieron, y una de ellas solicitó:

—Espero que no se olvide de fotografiarnos a nosotros, señor Maxallence.

—Si lo desea, puedo fotografiarla ahora mismo, señora.

—¡Oh! ¿Por qué no?

Grant metió la mano derecha bajo la axila, y sacó una pequeña cámara fotográfica, que, en efecto, era capaz de tomar las más difíciles fotografías.

—Retrocedan un poco —dijo—. ¡Pero no demasiado, no sea que vayan a caer a la piscina!

Las damas volvieron a reír. Grant disparó unas cuantas fotos, haciendo simpáticos comentarios que obligaron a reír de nuevo a las damas. Por fin, se guardó la cámara, comentando:

—Ya verán qué divertido cuando aparezcan en mi revista. Bueno, con el permiso de ustedes voy a seguir paseando por aquí. ¡Es una fiesta muy interesante! Hasta luego, señor Talbot.

—Hasta luego, Maxallence.

Éste miró en busca de Marijuana, pero no la vio. Regresó en busca de otra copa, y cuando se volvía casi tropezó con Gabriela Valverde, que le miraba con seria curiosidad.

—¿Se divierte usted, señor Maxallence?

—Ahora, sí.

—¡Gracias! —rió ella—. ¿Me invita a una copa?

—Si su novio no ha de estrangularme, sí. —Grant se volvió, tomó una copa, y la ofreció a la muchacha—. ¿No está abandonando a sus invitados, señorita Valverde?

—Claro que no. Usted es uno de ellos, ¿no es cierto?

—Tocado —sonrió Grant.

—Y a propósito, señor Maxallence, y sin querer parecer descortés o indiscreta: ¿podría decirme quién le ha invitado a

usted?

—Pues no estoy muy seguro, pero supongo que ha sido el presidente de los Estados Unidos.

—¿Quién? —exclamó Gabriela.

—El presidente de los USA. No ha podido ser otro. Verá lo que yo creo que ha ocurrido... El señor presidente, sin duda, está enterado de este acontecimiento en Montecariño, y como es natural, considerando la relevante personalidad del padre de usted, ha querido disponer de un informe y de fotografías de primera calidad sobre el evento. ¿Cómo lo haré?, ha debido preguntarse. Y de pronto, ¡zas!, se entera de que Grant Maxallence está en Santo Domingo. ¡Pero hombre, si está allá el tío bueno de Grant Max! Pues nada, que le envíen una felicitación... digo una invitación, y que me traiga personalmente unas cuantas fotos de la preciosa, encantadora, dulce, maravillosa, inteligente, simpática, deliciosa señorita Valverde. Eso es lo que yo creo que ha ocurrido... ¿De qué se ríe usted?

Gabriela Valverde, en efecto, estaba riendo tanto que los invitados la miraban a su vez sonrientes. Como atraído por un imán, el atractivo Luis Ernesto Vargas se acercó a los dos, sonriente.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó.

—¡No es un chiste! —rió de nuevo Gabriela—. ¡Es sólo que acabo de enterarme de cómo consiguió el señor Maxallence su invitación!

—¡Ah! Espléndido. Tengo entendido que va usted haciendo fotografías por ahí, señor Maxallence.

—Así es. A dólar la copia. Son en color, claro. Desde luego, a ustedes se las hago gratis.

—¡Sí, por favor! —reía de nuevo Gabriela.

—Okay —sacó Grant su cámara—. ¿Besándose o sólo tomados de la mano?

—¡Besándose! —exclamó un invitado que se había acercado ¡Besándose, naturalmente!

—¡Claro que no! —protestó Gabriela—. ¡Lo del beso vendrá luego!

—Ah, pues yo no hago fotografías gratis de personas que no se aman —dijo Grant, provocando más risas—. De modo que, o se besan, o a dólar la copia.

Incluso Vargas, que contemplaba no poco especulativamente a Grant, tuvo que reír. Se habían acercado más invitados, que fueron puestos al corriente del asunto. Las peticiones para que Gabriela y Luis Ernesto se besaran aumentaron. El grupo iba engrosando. El general Valverde se acercó, sonriente.

—¿Qué pasa aquí? Si es gracioso, me adhiero.

—Me parece, señor —dijo Grant—, que su hija no ama a este simpático joven.

—¿Qué? —exclamó Valverde.

—Si lo amase aceptaría besarlo, ¿no?

—¡Oh, ya está bien! —exclamó Gabriela—. De acuerdo, una foto con beso. ¡Es usted arrollador, señor Maxallence!

—Y usted es encantadora. ¿Listos?

Vargas, que fruncía el ceño, sonrió, tomó de las manos a Gabriela, la atrajo, y la besó suavemente en la boca. Clic clac, foto. Aplausos, risas, copas de champán en circulación. Todos los invitados habían llegado ya, la animación estaba llegando a su cúspide. Un grupito de damas prácticamente acorraló a Grant Maxallence... Desde cierta distancia, el cónsul Sinclair Talbot contemplaba con no poca desconfianza a Grant, que, ciertamente, estaba llevando la fiesta por cauces insospechados, pero simpáticos. Los invitados se divertían con él. Sobre todo, las damas, que reían de buena gana...

—¿De dónde has sacado a ese payaso?

Dionisio Valverde volvió la cabeza hacia su izquierda, para mirar al general Carmelo Duarte, que mantenía la mirada fija en Grant Maxallence.

—No te preocupes por él. ¿Todo está bien? ¿Él está aquí?

—Sí. Y esto se está animando lo suficiente como para que escurramos el bulto los tres. ¿Dónde has preparado la entrevista?

—El mejor sitio es el salón-biblioteca.

—De acuerdo. Se lo haremos saber al yanqui. Ve con cuidado, Dionisio: si alguien nos busca, distráelo.

—Está bien. Carmelo, recuerda: después de esto no quiero saber nada de nada.

—Así será. Por nuestra parte, esperamos que olvides completamente el asunto... ahora y después de que hayan ocurrido las cosas. Simplemente, olvídale todo.

—Ojalá pudiera —susurró Valverde.

—Lo conseguirás. Voy a ver si deslizo el mensaje al yanqui. ¿Cuándo vas a anunciar los esponsales?

—Al final, poco antes de los fuegos artificiales.

—Estupendo —sonrió Duarte—: así podremos verlos.

Se alejó... seguido por la mirada de Grant Maxallence, acosado por las damas. Tan acosado, que perdió de vista a Duarte muy pronto. Pero, poco después, vio a Marijuana, que le miraba fijamente. La muchacha llevaba el paquete, con el cual desapareció en el jardín, hacia la zona no iluminada directamente. Grant se las arregló simpáticamente para alejarse de las damas, y en cuanto pudo fue en pos de Marijuana.

En el límite del jardín se cruzó con un hombre que permanecía inmóvil, como medio oculto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Claro. Y debía haber varios más como él bien distribuidos... Ni Superman podría salir de allí, seguro.

Marijuana apareció ante él. Sin mediar palabra, Grant tomó la caja, sacó rápidamente la pistola, y se la guardó en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, pasando la cámara fotográfica a un bolsillo del pantalón. Tiró la caja entre unos arbustos, y acto seguido abrazó a Marijuana por la cintura, y la besó en la boca. Marijuana se abrazó a él, y correspondió al beso con tal entusiasmo que Grant comenzó a olvidar quién era y dónde estaba.

Cuando la apartó, ella suspiró:

—Oh, Grant...

—Oh, huevos... ¿Qué demonios te crees? Te he besado porque uno de los vigilantes de la finca nos estaba espiando.

Y sin más, dio media vuelta y regresó hacia la zona iluminada. Cuando pasó junto al sujeto de antes, éste le miró, con una sonrisita irónica.

«Eres bobo, muchacho —pensó Grant—, pero eso es cuenta tuya. Y de tus hijos, claro. ¡Tener un padre bobo, qué desgracia!».

CAPÍTULO VIII

Se fue a tomar otra copa. La fiesta estaba en su apogeo, o poco menos. Miró su reloj de pulsera. Ah, las malditas... ¡Se estaban retrasando! ¡Como le fallasen...!

Estaba tomando otra copa cuando vio una vez más a Marijuana, que conversaba con Renato. Enseguida se dio cuenta de que algo ocurría. Marijuana le estaba mirando con los ojos muy abiertos. Dejó la copa, y se acercó a ella dando un pequeño rodeo, cambiando saludos con sus recientes amigos...

—¿Qué pasa? —preguntó al llegar ante ella.

—Los generales no están por aquí —susurró Marijuana—. Renato dice que ha visto al general Fernández entrando en la casa.

Grant se pasó la lengua por los labios, y miró hacia la casa. La parte frontal estaba muy bien iluminada, así que no era creíble que los generales se hubiesen reunido allí con «Pig»... Miró de nuevo su reloj.

—Te he visto antes mirando la hora —dijo Marijuana—. ¿Por qué?

—Tengo una pequeña sorpresa como aportación personal a la juerga... pero se está retrasando.

Se alejó de ella, directo hacia la casa. Entró sin que nadie se fijase en él; no debía ser el único en buscar el cuarto de baño, naturalmente. Sólo que Grant no buscaba el cuarto de baño... Se detuvo en el centro del vestíbulo, y miró la amplia escalinata que ascendía hacia el primer piso, sin duda destinado a dormitorios. No, allí, no. Si alguien, por casualidad, encontraba a tres hombres metidos en un dormitorio la situación resultaría cuanto menos chocante.

No, arriba, no. Tenían que estar en la planta...

Por un momento, pensó en salir de la casa, y esperar que la persona que informara a Marijuana le dijera quién era la persona que se había reunido con los dos generales. Sin la menor duda, esa persona había estado mucho más atenta que él a la cita, y sabía ya quién era «Pig», así que... ¿por qué complicarse la vida?

Pero una fuerza extraña tiró de Grant Maxallence hacia el interior de la casa. Detrás y debajo de la amplia escalinata había dos puertas, una corriente, la otra de doble hoja. En un instante, las informaciones de Marijuana acudieron a su memoria: el general Valverde se había reunido días atrás con los generales Duarte y Fernández en su despacho: y alguien había escuchado la conversación desde la biblioteca... Es decir, que tenía ante él las puertas del despacho y de la biblioteca.

¿En la biblioteca? No, porque alguien podía tener la ocurrencia de ir allí, algún aburrido de los que nunca faltan en las fiestas. Entonces, en el despacho. No podía ser de otro modo.

Aplicó el oído a la puerta del despacho. No se oía nada. La música llegaba amortiguada desde el jardín; tan amortiguada que si allá dentro hubiera habido tres hombres hablando los habría oído.

—¡Maldita sea!

Empujó la puerta, entró, y cerró tras él. Localizó el interruptor, y encendió la luz. Por supuesto, el despacho estaba vacío. La mirada de Grant se desplazó hacia la puerta que había a su izquierda. Segundos después, escuchaba tras la madera. Nada. Silencio.

«¿Dónde demonios se han metido esos hijoputas...?»

Abrió aquella puerta, y entró en la biblioteca. La luz del despacho se esparció como una lenta mancha amarilla por el suelo, llegó a los estantes de libros situados enfrente... Sentado en una confortable butaca, el general Duarte le estaba mirando, lo que ocasionó no poco sobresalto en Grant Maxallence, que sacó rápidamente la pistola provista de silenciador. Ni siquiera llegó a apuntar al general Duarte; se dio cuenta de pronto de que no le miraba él. En realidad, ya no podía mirar nada. Tenía los ojos abiertos, pero ya jamás vería nada de este mundo.

Al dar el segundo paso hacia él, Grant vio la figura caída en el suelo, sobre la alfombra. Veía las suelas de los zapatos, teñidas de amarillo por la luz que llegaba desde el despacho. Grant tenía la sensación de estar clavado de pies al suelo, su mente había quedado

en blanco.

Suspiró profundamente, y guardó la pistola.

«Los ha matado», —comprendió por fin.

Se sentía frío, lento, rígido, como si sus articulaciones no pudieran funcionar normalmente. Llegó ante el general Duarte, se inclinó un poco, y miró los dos impactos de bala en el pecho, justo sobre el corazón. Luego, se arrodilló junto al otro hombre, que yacía de bruces. En la espalda tenía las tres manchas, formando ahora una sola muy amplia, de los tres balazos que habían acabado con su vida. La cabeza del cadáver descansaba de lado sobre la alfombra, así que Grant ni siquiera necesitó mover el cadáver para saber de quién se trataba: el general Héctor Fernández.

Lentamente, Grant se incorporó. Miró a uno y otro cadáver. No sabía qué hacer. De pronto fue hacia la doble puerta del salón-biblioteca, y la cerró con llave. Se guardó la llave. Fue al despacho, salió de éste, cerró con llave, y se la guardó también. Por el momento, evitaba que alguien más viese los cadáveres.

«¡En buen lío te han metido, general Valverde! ¡Espera a que esto se sepa!».

Salió rápidamente de la casa. Afuera, en el jardín, había ahora un gran alboroto... Había dado unos pocos pasos cuando el general Valverde se acercó a él, entre sorprendido e irritado.

—¡Señor Maxallence! ¿Puede usted explicarme esto?

—¿Qué cosa, señor?

—¡Esas chicas, Las Caribeñas, o como se llamen!

—¡Ah! ¿Ya han llegado?

—¡Dicen que las ha contratado usted para la fiesta!

—Bueno, señor, me pareció que debía corresponder de algún modo a la gentileza que tuvieron ustedes al invitarme. Son un conjunto de mucha calidad... y muy estimulantes.

—¡Escuche usted, señor Maxallence, en mi casa...!

—Perdone, señor: me está haciendo señas un amigo.

Se alejó rápidamente de Valverde, que estaba ahora decididamente irritado. Actitud que no compartían sus invitados, por cierto, pues Las Caribeñas, desdeñando a la orquesta, habían puesto en marcha un pequeño magnetófono con su música, y habían empezado a bailar, con su atuendo habitual, es decir, las braguitas doradas, las plumas en la cabeza, y los zapatos de tacón alto.

Grant Maxallence estaba aterrado y desesperado. ¡Y encima aquellas tontas lo habían estropeado todo, no habían esperado a que él les dijera cuándo tenían que bailar! Esto es, en el momento en que a él le conviniese que las bellas Caribeñas distrajeran a los vigilantes, para...

—¡Grant! —llamó una de las Caribeñas, agitando mucho los brazos—. ¡Grant, ya estamos aquí, ya hemos llegado!

Se oyeron algunas risas. La gente se agolpaba frente a Las Caribeñas, que bailaban con el mayor entusiasmo. Todavía frente a la casa, el general Valverde comenzaba a desarrugar el ceño. Desde allí, él también veía a las preciosas bailarinas, se daba perfecta cuenta de que ni mucho menos habían sido mal acogidas.

—¡El baile del champán! —exclamó Mimí. ¿O Lulú?—. ¡Todos tienen que beber champán mientras nosotras bañamos este divertido jaleo!

Se oyeron más risas. Otra de las chicas llamó a Grant, que no sabía dónde meterse. Los camareros pasaban entre los invitados sirviendo copas de champán, pero con los ojos fijos en los pechos saltarines de Las Caribeñas. El ritmo era enloquecedor. ¿Dónde demonios se había metido Marijuana y su asquerosamente guapo Renato? ¿Qué juego se traían? Grant Maxallence comenzaba a sentir el sudor deslizándose por su frente, mejillas, cuello...

«Tengo que serenarme —pensó—. Si pierdo los nervios yo, esto va a explotar de verdad».

Se detuvo junto a otros invitados, sacó disimuladamente el pañuelo, y se lo pasó por el rostro. ¡Condenadas Caribeñas, y qué bien lo estaban haciendo! Pero no cuando él hubiese querido. Claro que podían estar actuando hasta que...

Notó el contacto en un brazo. Volvió la cabeza. Junto a él estaba la encantadora Gabriela Valverde, lívida. Ella tiró de su brazo, y Grant se inclinó. Los labios de Gabriela rozaron su oreja. Oyó perfectamente sus palabras:

—Sinclair Talbot.

Grant sintió como un mazazo en pleno cráneo.

—¿Qué? —jadeó.

—Su cónsul, Sinclair Talbot, es «Pig».

Gabriela se alejó. Grant quedó clavado al suelo, de nuevo la mente en blanco. Pero reaccionó enseguida. Claro... ¿Quién mejor

que la propia hija del general Valverde para estar en la biblioteca casualmente cuando su padre comenzó la conversación con los dos generales invitados en el despacho? ¿Quién más lógico que la hija del general Valverde para hacer todo lo imaginable a fin de que su padre no se metiese en mayores líos?

No veía la calva y parcialmente rubia cabeza de Sinclair Talbot entre los invitados que apreciaban la actuación de las Caribeñas. Y si estuviese allí, lo vería perfectamente, pues ambos eran muy altos, sin duda más que el resto de los presentes. No, no estaba... Al volver la cabeza vio a Marijuana y Renato, juntos, un poco detrás de él, mirándole.

Se acercó rápidamente a ellos.

—¿De qué conocías tú a Gabriela Valverde? —masculló.

—Bueno, yo estuve aquí algunos años, coincidí con ella en la universidad, nos hicimos grandes amigas... ¿Te lo ha dicho?

—De modo que es ella tu informadora.

—Claro. ¿Te lo ha dicho?

—Sí. ¿Tienes aquí la radio que te di, la de la

C. I. A.?

—Sí.

—Llama. Di de parte mía que han matado a Fernández y Duarte, y que están en la biblioteca de la casa.

—¡Dios mío!

—Naturalmente, ha sido «Pig», que se ha oído algo y ha decidido mantener en secreto su personalidad eliminando a sus compinches. Pero sé quién es. Diles a los de la

C. I. A.

que yo no soy mago, que a ver cómo resuelven ellos el problema. Llama.

—Sí, lo haré enseguida. ¿Qué vas a...?

Grant Maxallence se alejaba, siempre oteando por encima de docenas de cabezas en busca de la calva de Sinclair Talbot. Y de pronto, la vio. No por entre las de los restantes invitados, sino apareciendo por un lado del jardín, desplazándose rápidamente hacia el gran grupo reunido ante las bailarinas. Se detuvo allí. Grant reparó en el brillo de su frente, de su calva cabeza. Y en la rigidez de las facciones de Sinclair, aunque se iban relajando rápidamente.

En pocos segundos se colocó junto a él, ambos a espaldas de los

demás invitados. Le tocó en un brazo. Sinclair volvió la cabeza, y le sonrió.

—Ah, señor Maxallence... ¡Qué grupo tan divertido, ¿no le parece?!

—Tengo que hablar urgentemente con usted, señor.

—¿Urgentemente? ¿Quiere decir ahora?

—Sí. Ha ocurrido algo que usted debe saber cuánto antes. Por favor, venga conmigo. No quisiera que alguien nos oyera.

Sinclair Talbot titubeó, pero accedió acto seguido. Los dos se introdujeron entre los floridos arbustos y los altos pinos. Las cosas le habían salido bien a Grant, después de todo, pues los vigilantes estaban todos en primera línea del jardín, embobados mirando a Las Caribeñas. Sinclair Talbot se detuvo, y gruñó:

—Bueno, ya está bien... ¿Qué es lo que pasa?

—Será mejor que nos sentemos, señor.

—Maxallence, no me haga perder la paciencia. ¡Ya ha hecho usted bastante cosas raras esta noche!

—¿Raras? Pues a ver qué le parece esta... señor. Quiero decir, señor «Pig».

Sinclair Talbot quedó como petrificado cuando la pistola apareció en la mano de Grant Maxallence.

No tuvo tiempo de nada.

Plop, chascó el disparo efectuado por Grant. La bala se hundió con escalofriante chasquido en el pecho de «Pig», que, simplemente, cayó hacia atrás y quedó sentado.

—¿Lo ve? —dijo Grant—. Ya le dije que estaría mejor sentado.

Se quedó un instante mirando a «Pig», cuya cabeza caía con gesto natural sobre el pecho, en el cual, sobre la blanca camisa apareció, la rosa de sangre. «Pig» parecía estar mirando a Las Caribeñas por entre los pinos y arbustos.

—No te lo pierdas, «Pig»: ¡la juerga continúa!

Se guardó la pistola, regresó hacia la zona iluminada. Cuando llegó allá, nadie había reparado ni en su presencia, ni antes en su ausencia... excepto Marijuana y Renato, que se acercaron a él.

—¿Lo has hecho? —Casi sollozó Marijuana.

—Sí. ¿Has llamado a la

C. I. A.?

—Van a venir enseguida.

—¿Cómo, enseguida...?

—Me han dicho que tienen a varios hombres cerca de aquí, que naturalmente están cerca. Van a venir ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Ya!

Grant Maxallence vio aparecer a los tres hombres por el sendero, caminando decididamente hacia ellos. Dos de los hombres se encaminaron hacia la puerta de la casa, donde estaba todavía el general Valverde contemplando el espectáculo de Las Caribeñas. El tercer hombre se acercó a Grant.

—Venga, Maxallence. Nos vamos... si ya lo ha hecho. ¿Sí?

—Sí. «Pig» está muerto.

—Muy bien. Vámonos.

—Pero los generales Duarte y Fern...

—Olvídese de eso. Mis compañeros lo van a arreglar ahora con el general Valverde. Venga conmigo.

Tiró de su manga. Grant miró a Marijuana, que parecía incapaz de reaccionar.

—Adiós, Marileches —susurró.

Salieron rápidamente del recinto enverjado de la finca del general Valverde. Un automóvil estaba esperando allí mismo. Grant y su acompañante se metieron en el asiento de atrás. El hombre que esperaba al volante puso el coche en marcha. La finca fue quedando atrás.

—¿Quién era? —preguntó el hombre de la C. I. A.,
profundamente impresionado.

Grant lo miró hoscamente. Era un hombre más alto él, de hombros finos, pero atléticos; parecían de acero. Su mentón era agresivo, su boca delgada, como un cepo. A su pesar, Grant Maxallence se sintió profundamente impresionado.

—Nuestro cónsul, Sinclair Talbot.

—Mala suerte. ¿Lo ha matado?

—Ése fue el trato, ¿no? Y quiero decirle algo, sea quien sea usted: ¡lo he hecho con mucho gusto, era un criminal!

El desconocido casi sonrió.

—Tiene usted nuestra bendición. Y no se preocupe por nada. Retiraremos a Talbot de la escena de modo conveniente, así como a los generales Duarte y Fernández. Por la mañana, parecerá que han

sufrido un accidente de automóvil... Naturalmente, tanto el general Valverde como las autoridades dominicanas nos ayudarán, les conviene. Habrá un poco de desconcierto, pero eso será todo.

—Sin embargo, cuando Perú y Colombia pregunten por sus generales...

—Cuando hagan eso les diremos que estaban preparando una revolución en cada país. Cree que se enfadarán porque les hayamos quitado de en medio a sus generales traidores y al... financiero o intermediario de una multinacional. ¿Se enfadarán?

—Más bien no —sonrió ceñudamente Grant—. ¿Y ahora?

—Ahora, nada. Me explicará usted palabra por palabra todo el asunto, y luego podrá hacer lo que quiera. Usted ha cumplido, nosotros cumpliremos.

—Un momento, un momento... ¡Estoy acusado de asesinato en Estados Unidos, y ustedes me prometieron...!

—Ya no está acusado de asesinato, Maxallence. Mientras usted trabajaba aquí para nosotros, nosotros trabajábamos allí para usted. Se me ha informado que el asesino ha sido ya detenido, y que ha confesado.

—¡La madre que...! ¿Quién era?

—Por supuesto, otro de sus amigos, un tal Ernest Benton.

—¡La madre que lo parió!

—Son cosas que pasan. Bueno, explíquemelo todo, porque aunque sea extraoficialmente, bien tendremos que explicar en Washington la verdad de lo ocurrido a nuestro estimado cónsul en Santo Domingo.

—Sí, claro. ¿Y luego?

—Ya se lo he dicho: luego puede hacer usted lo que le dé la gana.

—¿Seguro?

—Seguro. Nadie le acusa de nada, es usted un hombre libre, un ciudadano americano... Lo que le dé la gana, de veras.

—Okay —sonrió Grant Maxallence—. ¡Okay!

ESTE ES EL FINAL

Veinte minutos más tarde, el coche lo dejaba de nuevo en la finca de Montecariño, y Grant Maxallence, corriendo, se incorporaba de nuevo a la fiesta. Sonrió cuando Marijuana Loperena apareció ante él, mirándole como si fuese un fantasma.

—Hola, ¿qué tal? —saludó—. ¿Me he perdido algo importante?

—El general Valverde ha anunciado ya el compromiso de su hija con el señor Vargas... Están a punto de encender los fuegos artificiales. Oh, Dios mío, Grant, ¿qué ha pasado, dónde te han llevado?

—Ya te explicaré. Todo está arreglado. La prueba la tienes en que el general Valverde no ha interrumpido la fiesta... Estos de la C. I. A.,

después de todo, no son tan malos muchachos. Resulta que han descubierto al asesino en Boston.

—¡Oh, Grant, cuánto me alegro...!

—Toma, y yo también. He pensado que...

Las Caribeñas aparecieron de pronto, rodeándolos, increpando simpáticamente a Grant, que alzó las manos pidiendo tregua.

—¡Un momento, un momento...! ¡Escuchadme!

—¡Nos has dejado solas! —reprochó Mimí. ¿O Dedé?

—¡Y esta vez ya no te vas a escapar, como las otras! ¡Ya estamos hartas de perseguirte!

—¡Qué hombre! ¿Por qué te resistes tanto a acostarte con nosotras? ¡Vámonos ya!

—Calma, calma —masculló Grant, mirando de reojo a Marijuana, que fruncía el ceño—. Lo habéis hecho muy bien, chicas,

pero no nos vamos todavía. Y os diré por qué: porque todavía no ha terminado la juerga en Montecariño, ya que faltan los fuegos artificiales... y una última actuación vuestra. ¡Nada de protestas, porque tengo algo que os va a desmayar! ¿Sabéis qué he conseguido para vosotras? ¿Eh? ¿Lo sabéis?

—¿Los diez mil dólares que nos prometiste por las fotos más la actuación de esta noche? —preguntó riendo Rirí. ¿O Tití?

—Algo mucho mejor... ¡Muchísimo mejor! Pero para acabar de ganároslo tenéis que volver allá, encender los fuegos artificiales, y obsequiar a los presentes con el más fantástico, trepidante, cachondo y sensacional de vuestros bailes. ¿De acuerdo?

—Dinos qué nos has conseguido, y ya veremos.

—Os he conseguido, por medio de unos... amigos muy influyentes, un contrato para diez semanas en Las Vegas.

—Ay, Dios mío —gimió Lulú—. ¡Que me desmayo!

—¿No te gusta? —Se mosqueó Grant.

—¡Pero si eso significa la fama, el dinero, el éxito... significa todo! ¡Grant, no nos engaños!

—Os lo juro por mí fama de granuja.

Las Caribeñas comenzaron a saltar, a bailar, a besar a Grant, a reír... hasta que Marijuana no pudo contenerse más.

—Oigan, niñas: ¿no tienen que ir a encender los fuegos y a bailar? ¡Y dejen ya de manosear a Grant!

Riendo, Las Caribeñas corrieron armando aún más alboroto. La fiesta seguía. Nadie se había enterado de nada, por el momento. Si acaso, hacía rato que no veían a tres de los invitados, pero eso no tenía importancia. Cuando se encendieron los fuegos artificiales, y Las Caribeñas, rodeadas de chispas y estampidos, volvieron a bailar, la juerga llegó a su punto máximo.

—Pero ¿sabes lo que te digo? —murmuró Grant al oído de Marijuana—: ¡que ya me está cansando tanta juerga, con tanta gente!

—En ese caso —lo miró con ojos llenos de chispas Marijuana Loperena—, quizá te gustaría más una juerga privada... en mi apartamento.

—Pues mira —puso cara de pasmo Grant Maxallence—, ¡no se me había ocurrido, pero ya que lo dices!

Nadie se dio cuenta de que se marchaban.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.